

Dib. ZAPATA—Madrid.

—Por última vez, caballero, le ruego que me dé unas explicaciones.

—Es inútil; no las entendería... Soy Catedrático.

Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe us=
ted usar los maravillosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

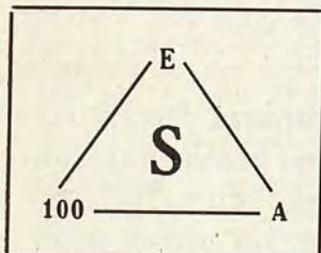


LA CICLISTA. — *La falta ha sido de usted. Yo marchaba con mucho cuidado, y, además, tengo ocho años de experiencia ciclista.*

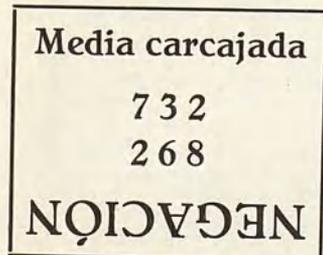
EL PASEANTE. — *Señora. Yo creo que la falta es de usted. Yo me paseaba con el mayor cuidado, y tengo setenta y ocho años de experiencia de andar a pie.*

(De Judge, de Nueva York.)

15. — Sabio.



16 — En los bocadillos.



17. — Uno que grava.



18. — De Huesca.



19. — Regimiento.

— ¿De modo que no sabes qué dar mañana, si corrida o partido de fútbol? Tu cuñado, el sargento, a cualquiera de ambos espectáculos irá con el *prima-prima*.

— No creo que lleve *cuarta*.

— Bueno, pues tú *prima dos-cuarta*.

— Será lo mejor. La plaza en el día de la Pilarica se llenará de *todo*.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 97.

Cupón núm. 3
que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de octubre.

20. — Uno que fué de "cuidao".

— ¿Segunda cuarta tu primo por la yegua?

— ¿Por la prima-cuarta?

— Si; cuarta-tercia noticias.

— La quiere para una *tercia-cuarta-tres* y pagará lo que yo quiera.

— ¡Que te crees tú eso! Conozco demasiado a ese *todo*, que tiene a la familia siempre en suplicio.

CUPÓN

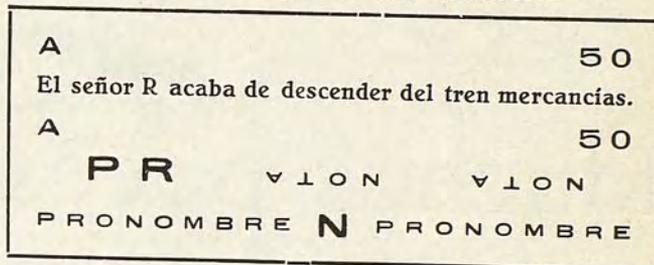
correspondiente al número 99

de

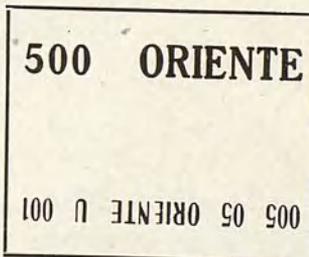
BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

21. — De la zarzuela «Los cocineros».

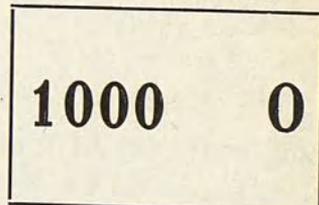


22. — Bofetada.



23. — Lo sufrió Sancho.

(No nos referimos al portero de la Gimnástica.)

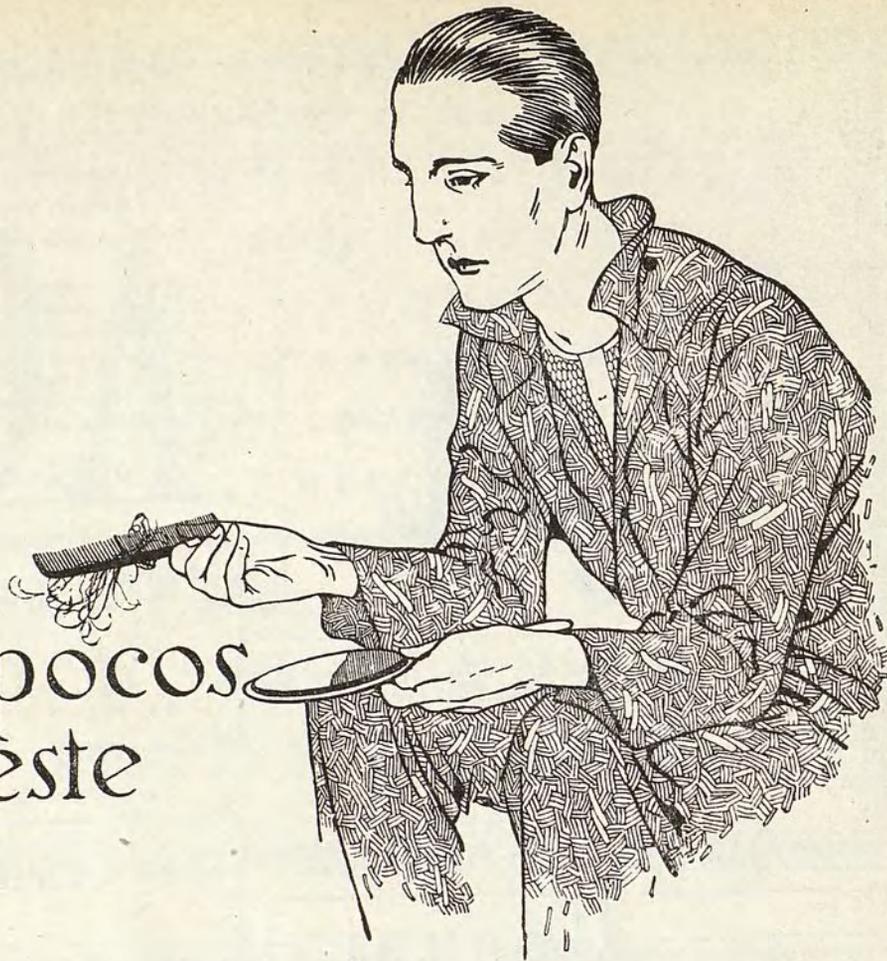


LA SEÑORA. — ¡Es raro, Brigida, que esta tapa no cierre ahora.

LA DOMÉSTICA. — ¿Está segura la señorita de que estaba abierta cuando la cerró?

(De Life, de Nueva York.)

Muchos pocos
como este



acaban con la más espléndida cabellera cuando no se tiene la precaución de acudir al Petróleo Gal. Para combatir la caída del cabello, es necesario mantener el cuero cabelludo en

estado de perfecta limpieza y sustituir con un lubricante la grasa natural que le falta al cabello cuando empieza á perder vigor. La mejor preparación para este doble fin es el

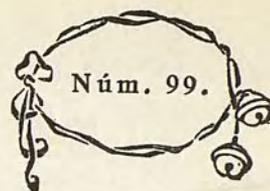
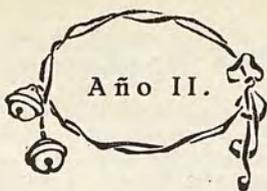


PETRÓLEO GAL

Es una loción antiséptica de tocador. Limpia perfectamente la cabeza de caspa y contiene la caída del pelo, proporcionándole vigor y flexibilidad. El Laboratorio Municipal de Madrid certificó su inocuidad en 1899.

El Congreso de Sanidad Civil, celebrado en Madrid en 1919, lo premió por considerarlo el mejor preparado entre los de su clase. Veinticinco años de popularidad son la mejor garantía de su eficacia.

FRASCO, 2,50 EN TODA ESPAÑA
Ayuntamiento de Madrid



EL SISTEMA MÉTRICO MEDICINAL

(CUENTO ESCENORÁMICO)

EN LA ESTACIÓN DEL TREN-BALA



EL AGENTE PERDIGUERO (*al agente Fernández, con quien pasea por el andén*). — Supongo, amigo Fernández, que estará usted ya convencido de que mis sospechas no eran aventuras, de que esa gente trama algo, y algo muy gordo, que no puede ser sino lo que yo les he dicho a ustedes: la voladura de la capital del reino entera por la explosión simultánea de varias bombas en las estaciones del Metropolitano. Fíjese bien, amigo Fernández: en Ríos Rosas eran tres; en Chamberí, cinco; en el Tribunal de Cuentas, seis; en la Gran Vía, ocho, y aquí, en la Puerta del Sol, son once los individuos que, afectando no conocerse, y con un significativo envoltorio bajo el brazo la mayor parte de ellos, dejan pasar indiferentemente los trenes y los trenes, sin mirar a veces siquiera, pasea que te pasea por el andén... Y esto un día, dos, todos los días. ¿No está bien claro? ¿Qué hacen aquí, qué esperan, dígame usted, estos sujetos? Indudablemente, el momento de obrar, la orden, la consigna. Es necesario proceder rápidamente y correr a escape al teléfono. La vida de un millón de ciudadanos, entre los que cuentan servidor y compañía, amigo Fernández, se hallan acaso en nuestras manos; tal vez mejor, en nuestros pies. ¿Se hace usted cargo? ¡Hay que ser todo pies, amigo Fernández! ¡El ascenso está ahí, en el ascensor! ¡El adelanto en nuestra carrera quizás nada más depende de...!

EL AGENTE FERNÁNDEZ. — ¡Sí, sí; conformel! ¡De la celebridad de nuestros pies! (*Echa a correr como un galgo detrás del agente Perdiguero,*

que ha salido haciendo honor a su patronímico.)

EN EL "BOUDOIR" DE LA MARQUESA

LA AMIGA DE LA MARQUESA (*a la marquesa, que se muestra en pose de convaléciente*). — ¡Oh, es maravilloso, créame usted que es maravilloso! Yo estaba puede decirse que desahuciada, hacía un año, por los más reputados especialistas de por acá. Fui a París, a Berlín, a Londres, a los Estados Unidos; consulté a las principales eminencias, y me sometí a los más costosos y extravagantes tratamientos. Todo en vano. De

vuelta de mi *tournee*, y cuando, desesperada, me disponía, como último recurso, a confiar mi caso a los curanderos, pues hasta en Lourdes había estado ya, oí hablar del doctor Mata. Le llamé. Me reconoció.

«— Usted — me dijo — lo que necesita es ir a Bilbao y frecuentar la Iglesia» — ¡Pero, doctor, si soy muy devota — le contesté—. Y en cuanto a Bilbao..., usted perdonará, ¿eh?, pero no me prueba. Lo sé positivamente.

«— Es muy posible... Yo me refiero a otro Bilbao, a otra Iglesia. ¿Usted no ha ido nunca bajo tierra a Cuatro Caminos?»

«— ¡Ah, ya comprendo! Mejor dicho, cada vez comprendo menos...

«— Ni hace falta que usted comprenda; lo importante es que cure. Y de eso respondo yo, si usted responde de seguir mis prescripciones, por extrañas que le parezcan. Mi plan es absurdo, pero sencillo: dos horas diarias de paseo reposado por el andén del Metro en la estación de la glorieta de Bilbao; una hora diaria de paseo reposado por el andén del Metro, estación de la plaza de la Iglesia. Nada más, señora. A los tres, a los cuatro meses, vendrá usted a casa a darme las gracias, radicalmente curada.

«Y acertó. Creo que acierta invariablemente. Su sistema es incomprensible, pero infalible. Si atiende usted mi consejo, mañana mismo se hace ver por el doctor Mata.»

LA MARQUESA. — ¡Oh, sí, desde luego! Pero ¿qué, ya me deja? ¿No quiere acompañarme a tomar el té?

LA AMIGA DE LA MARQUESA. — Gracias, no puedo. Tengo a esta hora que recoger en Antón Martín a mi marido, que está allí haciendo su cura métrica. Y si tomo el té y llego tarde, me dirá que lo tomé sólo para dárselo. ¡Ya sabe usted lo que es mi marido!



Dib. SILENO. — Madrid.

(La marquesa, que, en efecto, lo sabe, recata en una sonrisa otra sonrisa.)

EN EL LABORATORIO DEL DOCTOR

EL DOCTOR. — ¿Y dicen ustedes que treinta y seis detenidos?... ¡Oh, cuanto siento que se hayan ustedes molestado! ¡Cómo me apena haberles hecho sufrir esta decepción! ¡Debe de ser, en verdad, terrible eso de abrir policíamente un envoltorio esperando hallar una bomba, y encontrar sólo un bebé de trapo, un rollo de papeles de negocios, una esponjita de celuloide o medio kilo de galletas de vainilla!

»¡Pasen, pasen, señores! ¡Siéntenselo! ¡Mírenlo todo, registren todo! Voy a darles la filiación de los detenidos, ¿no? Hela aquí:

- »Detenidos en la estación de Cuatro Caminos: éstos son diabéticos.
- »En Ríos Rosas, raquíuticos.
- »En la Iglesia, catarrosos.

- »En Chamberí, albuminúricos.
 - »En Bilbao, reumáticos.
 - »En el Tribunal de Cuentas, físicos.
 - »En la Gran Vía, dispépticos.
 - »En la Puerta del Sol, cardíacos.
 - »En Progreso, neurasténicos.
 - »En Antón Martín, asmáticos.
 - »En Atocha, avariósicos.
 - »En Menéndez Pelayo, herpéticos.
 - »En el Pacífico, polisárcicos.
 - »En Vallecas, arterioesclerósicos.
- »Tal es la clasificación de los detenidos, la cual, de seguro, les parecerá a ustedes tan chocante como la causa por la que todos ellos se hallaban en el lugar donde se procedió a su detención. Todos ellos, señores, son personas distinguidísimas, y estaban allí por prescripción facultativa... ¡No se rían ustedes! Son clientes míos. Estaban allí siguiendo mis instrucciones. Estaban atendiendo a su salud. ¡Ah, señores!... ¡Cómo me duele divulgar al fin el secreto de mi novísima y prodigiosa terapéutica, y obligarme a compartir con otras

personas ajenas a mi descubrimiento los beneficios que sólo en mí recaer deben!

»Ni a mis propios clientes, al recetarles para la curación de sus dolencias un par de horas de estación de Cuatro Caminos, tres cuartos de hora de estación de Ríos Rosas u ochenta minutos de estación de Antón Martín, les dejé entender nunca de qué manera maravillosa, nada más que con pasearse con cierto método por los andenes del Metropolitano, sanarían completamente.

»¡Sólo yo, señores, merced a costosas investigaciones, pacientes análisis y repetidos experimentos, conocía las virtudes medicinales de ese agua que estalactíticamente mana, dosificada en graciosas esférulas, de la bóveda del Metro en las estaciones, y que cae como un riego urbanizador sobre el andén y como salutífera ducha sobre el viajero! ¡Lo comprenden ustedes ahora todo? ¡Ah, señores!...»

MANUEL GALÁN



Dib. DONAZ. — Madrid.

- ¡Que me pagues la papeleta!
- No tengo dinero.
- ¿Pero no tienes una gorda?
- Sí, señor; en casa: mi madre política.

EL CORRAL DE MARTINA

Oye mi sonata, corral de Martina, pues, aunque no tienes ningún pavo real, tienes de tu suelo carne de gallina, y además un gallo (que canta muy mal).

Dime, ¿cómo puedes, en tu gran recinto juntar tantos seres que vienen y van, con vario plumaje, con pelo distinto y más insolentes que el mismo Satán?

En ti el cerdo gruñe con melancolía, y rebuzna el burro lleno de placer, y el pobre conejo roe noche y día, y el pato sin patas no sabe qué hacer.

La cabra indolente por nada se altera, y ve cómo asustan a su recental los cantos del gallo... La vaca es soltera... (y es lo más cornudo que hay en el corral).

Corral de Martina..., ¡quién fuera conejo con cuatro conejas sólo para sí!... Oye, ¡quién pudiera fallecer de viejo viendo las escenas que se ven en tí!

Porque algunas veces llega la Martina y la puerta cierra sin ningún temor, y junto a la vaca riente se inclina, y ambas se divierten viendo el BUEN HUMOR

Hay algunas tardes de celaje de oro en que el burro tañe su fatal clarín, y en que las gallinas, sin ningún decoro, arman cada juerga que no tiene fin; y cuando despunta la rosada aurora y la paz más dulce reina en el corral, más de cuatro veces el cochino llora, porque es muy sensible... y es muy animal.

¡Corral de Martina, tus pupilos huelen algo mal y algunos tienen cuatro pies...; pero no molestan... ¡porque nunca suelen escribir novelas ni cantar cuplés!...

Luis ESTESO

ALREDEDORES DE DON ABDÓN PLA

MI HERMANO EL ESCULTOR

Mi hermano Pío tuvo un período en el que se empeñó en ser escultor. Y si no era un genio, sí que tenía ideas extrañas. Por ejemplo: de él proviene esa idea tan generalizada ya de poner a las figuras de nieve los ojos amarillos de las anguilas de mazapán.

Conmigo tenía bastante confianza. Por eso vino a mi cuarto una mañana, firmó con su rara firma de genio en los cristales empañados de mi alcoba, y me expresó su nueva y grande idea, que era genial.

— Abdón — me dijo —, muy pronto verás cuán alto llega el nombre de tu hermano Pío Pla (o Pío Pla, que siempre me equivoco), maestro de la forma. Muy pronto observarás qué revolución en el arte, que no sólo en la escultura. Verás cómo la forma cambia de concepto, y todo ha de trabucarse. El siglo XIX, en su final, va a presenciar el espectáculo que nos darán los viejos ídolos, rompiendo sus cabezas a sus pies mismos. La Venus de Milo se llevará las manos a la cabeza; los griegos enterrarán su obra inútil; los imagineros apartarán su arte místico y mezquino para dejar paso al mío... Sí, Abdón.

— ¿Pues qué? — le pregunté impaciente.

— Por mi cincel, Abdón, Venus se quedará desde ahora en adelante embarazada. Ese perfil nuevo asesinará a todo lo hecho entonces... ¡Oh, qué revolución en todo el arte!

Pío tenía razón. ¡Qué imaginación más atrevida la suya! Yo, misero burgués, no me atrevería a pensar en una Venus embarazada. Antes en un alabardero...

YO, ÁRBITRO EN EL PUEBLO

Cinco años hacía que faltaba del pueblo. Cuando volví, todos me llamaron orgulloso por la espalda, y todos copiaron mis corbatas. Esos dos datos fueron las características del regreso del *hijo prófugo*.

Era en aquel tiempo en que en Madrid, si uno quería ser elegantito, amigo, tenía que llegar tarde a los teatros. Entonces yo, que vi el terreno abonado, impuse mi arbitraje. Como era en las fiestas — que a ellas había ido yo —, tenían función teatral todas las noches. Yo, naturalmente, llegué tarde. A la segunda noche, también, y conmigo la mitad del público. A la tercera noche todo el mundo llegó tarde. Al primer acto sólo asistieron las butacas y las sillas de los palcos, sentadas con mucho orden cada una en su localidad y con sus brazos en los brazos.

Al cabo de otros cinco años volví de nuevo a mi pueblo. Era en fiestas también. Acudí al teatro a la hora en pun-

to, como se estilaba ya en la corte. Pero sólo yo estaba en la sala durante el primer acto: yo y las butacas; claro que la mía no veía nada por mi culpa.

A la noche siguiente pasó lo mismo. A la siguiente, también.

Y también en todas las sucesivas...

Como no había nadie en el teatro cuando yo entraba, no notaron jamás por dónde se encaminaba ahora mi arbitraje.

Y aun entran tarde en mi pueblo. No va a haber manera de arreglarlo.

MIS SUSPIROS SENTIMENTALES

Papá, siempre tan caprichoso como un chiquillo, se empeñó en que yo había de ponerme en relaciones con la hija del *tío Onzas*.

Había que oírle a papá cuando me inició en los amores, diciendo en la mesa un día, como si no hablara conmigo: «Parece listija la chica de *Onzas*.» Y al día siguiente: «Pues mira, no es tan feúcha la chica de *Onzas*.» Y el domingo: «Me ha parecido que paseabas con la chiquilla de *Onzas*. ¿Era?...»

Total, que me puse en relaciones amorosas con la chica de *Onzas*, que, como

habrá deducido el lector de las palabras de mi padre, era más fea que cantar trozos de ópera con frac, pero rica.

— Vente a la ventanita de atrás, Abdón mío — me dijo ella.

Y todas las noches, en el tiempo que soporté el idilio, me coloqué ante una ventanita baja, donde ella escuchaba mis palabras y también mis suspiros, que eran frecuentes, hondos, sinceros y prolongados. ¡Qué placer para ella la sinceridad de estos suspiros!... Y es que el cerco de la ventana me llegaba al pecho, me ahogaba, y había de desahogarme a menudo...

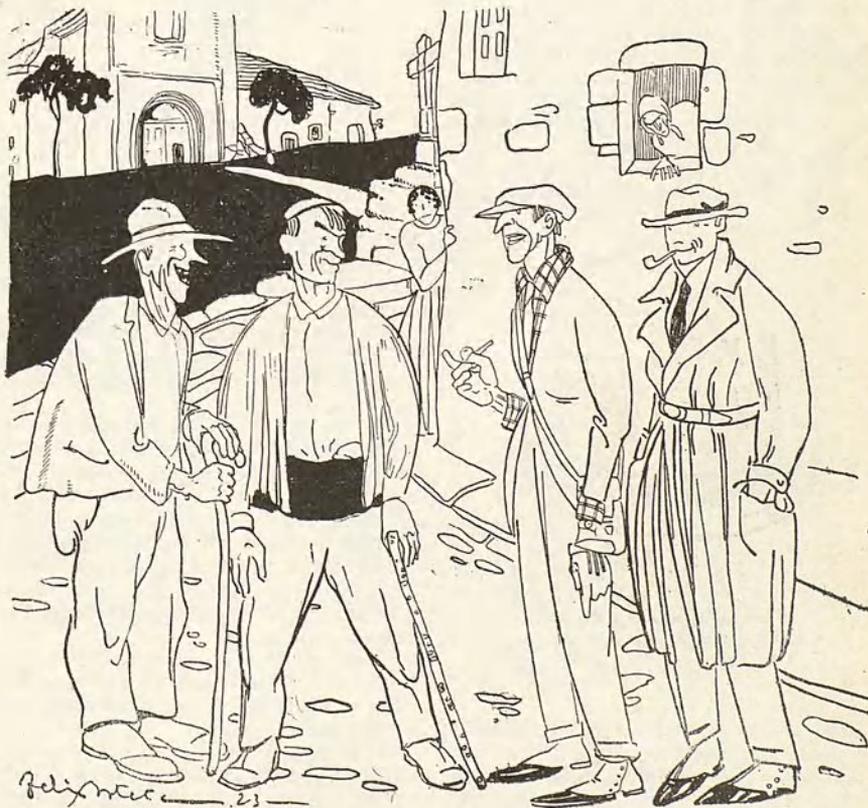
Y ella, ¡ay!, suspiraba también al oírme suspirar tan hondamente...

EL VICIO DE MI CHIMENEA

¡Ah! ¿Pero ignoráis el vicio de mi chimenea de leña? ¿El vicio que la consume, en secos lengüetazos de fuego, llenos de deseo?...

El tabaco, el tabaco... ¡Oh, con qué placer se fuma mis colillas!... — ABDÓN PLA.

El mecanógrafo,
ANTONIO ROBLES



Dib. ARTETA. — Bilbao.

EL INGLÉS. — *Sí, es cuguioso el pueblo; pero ¿no ha nasido en él ningún grande hombre?...*

EL PALETO. — *Aquí, no, señor; nacen toos mu chiquitines.*

DIVERSOS HONGOS

Los hongos — que tienen *h*, porque un hongo sin *h* sería un venenoso hongo ortográfico — son las cabezas tiernas del bosque.

Satisface encontrarlos locos de sensualidad secreta. ¿Quizás desean la Luna?



Hay un afán adolescente en ellos, que es menester saber comprender, en vez de irritarse con ellos, como los padres con la precocidad pungente de sus hijitos.

Los hongos son los órganos más tiernos del bosque y parecen tener la sensibilidad de sus sonrisas y de sus apuros. Están llenos, por decirlo así, de ternura voluptuosa.

Lo que más se parece a Adán y Eva en el Paraíso es una pareja de hongos al pie de un árbol. Mucho se ha empequeñecido la imagen; pero tiene la misma desnudez, la misma blandura genuina y una avidez primigenia.

Los hongos son la planta que más desean los naturalistas: «¡Oh, si encontrá-



semos un hongo nuevo!», van pensando al andar por las selvas con los ojos fijos en el suelo. Parece como si sus hongos estuviesen muy viejos y careciesen de dinero para comprarse otros.

¡Lo que pagarían ellos, sin embargo, por un hongo nuevo! Serían capaces de dar mucho más que lo que vale el *lock*,

que es el sombrero hongo más caro que existe. Por una especie nueva de hongos darían hasta mil pesetas. Por eso todo nuevo fabricante de hongos debe enviar el primer ejemplar a los naturalistas para que lo clasifiquen y lo paguen.

Yo busco también con afán los hongos; pero como el personaje de una de mis novelas, para arrancarlos, con un afán de cazador malo, como si así evitase que los niños se envenenen con ellos.

Parece que cumplo un deber salvador de extirpación, además de que es muy agradable desgajarlos con el bastón, y se trasmite muy bien a través de la caña de nuestra bengala, hasta hacer llegar la sensación a nuestros bastoncitos nerviosos la calidad tierna de la planta criptógama.



Cobro toda pieza que me encuentro, y me reconozco como un segador de hongos que deja su cosecha perdida, mustia, como quedaron las cabezas cortadas después de la batalla del Guadalete.

Ya me temen un poco, y hasta supongo que a veces se esconden o se disimulan metiendo la cabeza debajo de la hierba.

En esa búsqueda de hongos, y en mi preocupación pseudocientífica por ellos, he logrado clasificar unos cuantos que no he visto figurar ni en la célebre clasificación de Cooke, ni en la no menos célebre de Fries, ni entre la familia de *Esporíferas*, ni entre la de *Esporidíferas*, ni tampoco entre la de los *Gymnomycetos*, ni la de los *Hymenomyces*.

Para que queden ya inscritos en las botánicas del porvenir y en el apéndice de los diccionarios enciclopédicos, los he dibujado.

Al hongo policial le caracteriza una enconada rizadura de las alas y se cala en las calamochoas policiales con rudo encajamiento. Es terriblemente venenoso a veces.

El hongo de pollito es minúsculo, tiene aire ingenuo y simple. Se le ve acom-

pañado de un bastoncito, que es como el palillo de su malabarismo.

El hongo de carreras es de alta copa, un poco cuadrada. Son muy raros de



encontrar los auténticos. Se da sobre todo en las praderas de Inglaterra, y más que nada entre la fina hierba de los grandes hipódromos.

El hongo de los puertos es el hongo más formidable que se conoce. Sin duda es una vegetación cultivada, es decir, una superación del hongo que crece en las anclas y en los cascos de los buques. A ese hongo formidable es al que se atan hasta los grandes acorazados.

Y, por fin, presento una variedad de los hongos venenosos, entre los que se destaca siempre en mi imaginación ese que mata a las moscas que vuelan a su alrededor y que es para el bosque, por decirlo así, como la cadeneta de papel defensivo con que las lecherías se defienden de las moscas.

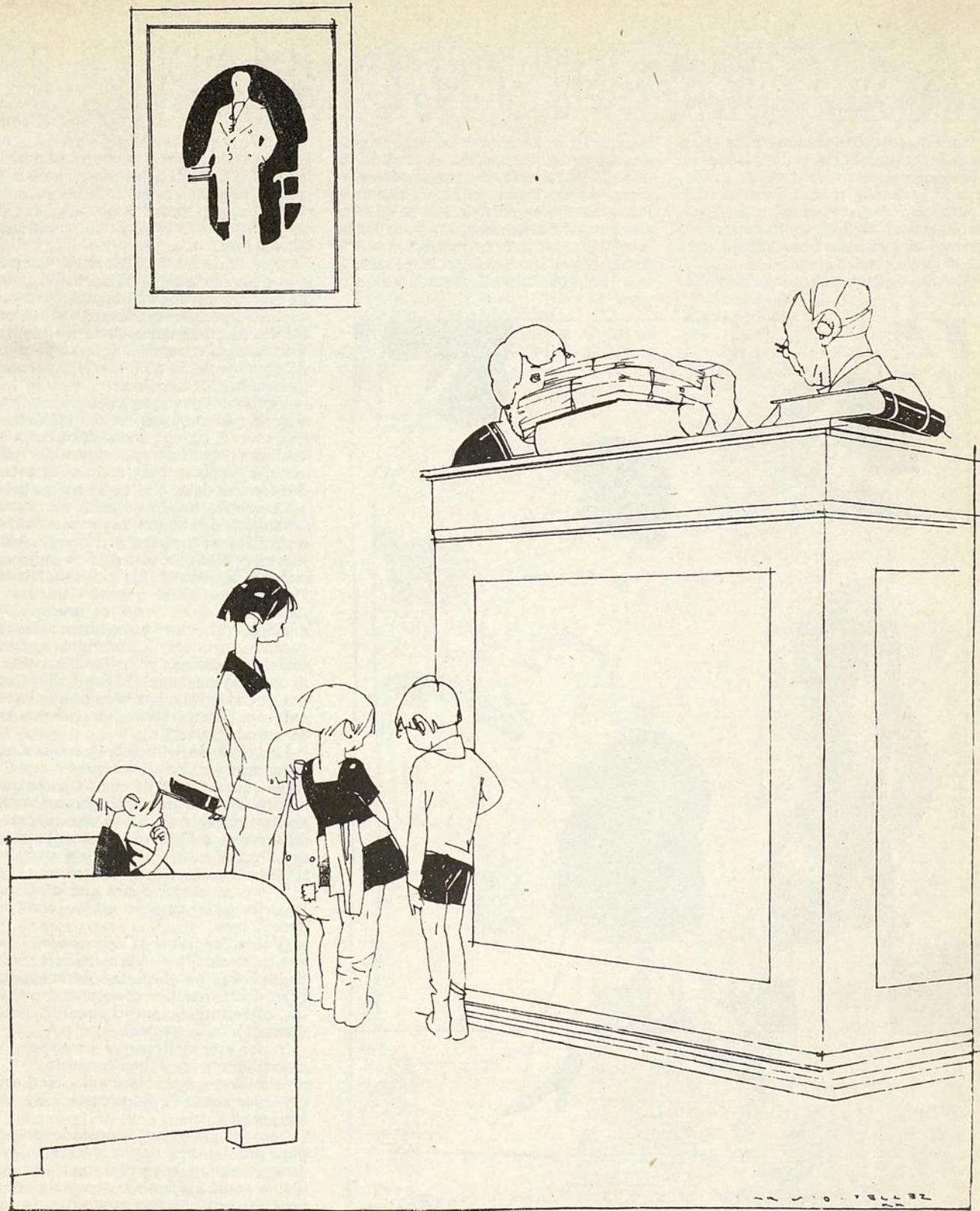
Este nuevo hongo venenoso que presento es el hongo de la civilización, el hongo del progreso, hongo en el que aparece la señal fehaciente de que es venenoso, el marchamo o contraste ofi-



cial de su nocividad, la marca farmacéutica y honrada con que la Naturaleza, enseñada por tantos siglos de pedagogía, se muestra, al fin, avisada y ciudadana.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.



Dib. ARISTO TÉLÉZ. — Madrid.

— Yo pensaba poner un negocio para mantener a estos cinco chicos y a los diez que se han quedado en casa; pero no sé qué negocio poner.

— Pues, señora, con tanto chico..., ponga usted un continental.

LA CONFESION DE MARICHU

Marichu cumplirá mañana siete años. Su tía Josefina y sus hermanas mayores, comentando el caso, dictaminan que ha llegado para ella la edad de la razón, y le anuncian que, abandonando por un día el cine o el Ritz, la llevarán esta tarde al oratorio de los jesuitas, para que haga su primera confesión.

Marichu asiente, algo asustada. Sus

hermanas le hacen ver la importancia del acontecimiento: cómo es terrible sacrilegio la omisión, aunque sea involuntaria, de un solo pecado; cómo debe rebuscarse bien en el fondo de la conciencia para encontrar, no ya la falta, sino la sombra o la penumbra de la falta; cómo Dios castiga inexorable a los que no se arrepienten... Y como la

una tiene que probarse un traje con *madame* Rodríguez, y la otra escribirle a Polito para decirle que no puede ir hoy a *Royalty*, dejan a Marichu sola, hundida en un butacón del despacho de papá, con el *Manual del cristiano arrepentido*.

¡Qué libro tan feo! Marichu deletrea trabajosamente aquel minucioso catálogo de los pecados humanos: pecados capitales, pecados veniales; pecados contra los mandamientos de Dios, contra los mandamientos de la Iglesia; pecados de obra, pecados de intención, pecados de acción y de omisión...

Verdaderamente, la cuenta que Dios toma a sus criaturas es aún más estrecha que la que su mamá le toma a la cocinera. Aquí no hay sisa posible: todo se mide, todo se pesa, todo se cuenta... Para poder decir que no se ha matado, no basta no haberse manchado nunca las manos de sangre: hay que no haber deseado mal a nadie, ni haberse reído al ver resbalar a uno por la calle, ni haberle tirado de las orejas al gato. Para honrar padre y madre, no basta quererlos mucho y darles muchos besos: hay que poner buena cara a los regaños y agradecer los castigos, aunque le dejen a una sin postre el día preciso en que hay pasteles de Lhardy. En todo puede haber falta, en todo puede haber culpa: en una palabra, en un pensamiento, en una mirada...

La pobre Marichu lee, lee, más asustada cada vez. Le parece que en aquella larga enumeración de culpas, de la que, a decir verdad, no entiende casi nada, no hay una sola que no le sea aplicable. Ella no se dió cuenta hasta ahora de que era tan mala... ¡Qué triste es haber llegado a la edad de la razón!

Y lo peor es que habrá que confesarlo todo, pues un solo olvido sería un pecado más.

¡Pobre Marichu! ¿Cómo podrá, Señor, no teniendo el libro delante, repetir aquellas palabras tan enrevesadas, reproducir aquellos conceptos tan sutiles, encontrar de nuevo aquellos pecados tan inconsistentes?

Y por eso, al llegar al oratorio y al arrodillarse ante el confesonario,

— Padre — dice Marichu, casi llorosa —, me acuso de haber cometido todos los pecados...

Pero la carga es demasiado grande para un alma tan tierna, y Marichu, que está deseando encontrar una disculpa que le pruebe que no es tan mala como parece y que aun hay esperanza de salvación para ella, añade:

— Sí, padre; todos..., menos desear la mujer de mi prójimo.



SOCIALISMO COMPARADO

Dib. GARRIDO. — Madrid.

— ¡Ay!... ¡Qué ganas tengo de que llegue la hora del reparto!...

ANTÓN TRIJUEQUE

DIVAGACIONES SIN TRANSCENDENCIA

EL AUTOMÓVIL ES LA BASE DEL AHORRO

Ignoro lo que sobre esto opinarán el Instituto Nacional de Previsión, los Previsores del Porvenir y cuantas Sociedades se ocupan del bienestar futuro de los ciudadanos, a costa del presente; pero es indudable que con el sistema que podemos llamar *del automóvil*, se ha dado para la solución de este problema un paso que las antedichas Sociedades no habían conseguido atisbar aún.

Debo ponerme a salvo de lo que de estas líneas se desprenda, haciendo constar que soy un decidido enemigo del ahorro y que sólo al consignar un hecho que se viene produciendo con alarmante frecuencia, pretendo facilitar a mis lectores un procedimiento más útil y cómodo que la hucha, ídolo de barro al que sacrificamos todos nuestros deseos para que acabe devolviéndonos, en cambio, unas cuantas monedas. El ahorro es uno de los vicios de la Humanidad. El ciudadano que ahorra es enemigo de llevar a cabo cualquier empresa grande y arriesgada, venderá siempre su primogenitura, como Esaú, si le ofrecen un plato de lentejas vitalicio. Las lentejas son otro de los vicios de la Humanidad.

El automóvil es la verdadera base del ahorro, porque nos resuelve el modo de vivir rodeado de comodidades y placeres con un mínimo de gasto. La hucha, en cambio, nos aleja de cualquier capricho con un mínimo de resultado.

La clave de este sistema que asombrará al mundo, nos la dió un amigo cierto día. Acostumbrábamos a verle un tanto apurado de dinero y lamentándose siempre de lo poco rápidos que son los cambios de fortuna. Este amigo había caído en una de esas hondonadas de la montaña rusa que es la vida.

Una tarde lo vi guiando un automóvil de tres asientos. Dudé largo tiempo de la realidad de esta visión, hasta que, días más tarde, se cruzó de nuevo en mi camino conduciendo el mismo Renault de tres asientos. Le pregunté:

— ¿De quién es este automóvil?

— Este automóvil es mío... ¿Quieres que te lleve a dar un paseo?

Accedí, y entonces lo comprendí todo. Aquel hombre había resuelto su vida gracias a su automóvil. Las siete mil pesetas que gastó en el vehículo le habían ahorrado ya más de veinte mil en menos de un año. Mi amigo llevaba una vida casi fastuosa, sin privarse de nada y apareciendo por todos esos sitios donde es conveniente llevar un billete de diez duros en la cartera. Y, sin embargo, mi amigo no tenía esos diez duros nunca.

Su secreto consistía en invitar a los amigos.

— ¿Vamos al cine? Te llevo en mi coche; lo tengo ahí.

El amigo accedía muy satisfecho de poder saludar a sus conocidos desde un automóvil de tres asientos. Al llegar al cine, el propietario del automóvil fingía arreglar cualquiera de los chismes del motor antes de bajarse del vehículo. El amigo ya se había precipitado a ir a la taquilla y tomar las localidades.

A la salida, el dueño del coche decía:

— ¿Tomamos chocolate?

Inútil será indicar que el amigo se creía nuevamente obligado a pagar lo consumido.

El ahorrativo propietario de automóvil, en sus diabólicas maquinaciones, inventaba algún nuevo plan.

— Hace una noche hermosa. ¿Qué tal si diéramos un paseo? La Castellana está magnífica a estas horas..., hace la ilusión de un viaje silencioso al Ideal...

En el Hipódromo, el dueño del coche torcía el gesto. El amigo le preguntaba alarmado:

— ¿Qué?... ¿Ocurre algo?...

— No, no... No es nada... Se ha acabado la gasolina, ¿sabes? ¡Qué oportuni-



Dib. MATEOS. — Valencia.

— En todo el día de hoy, ésta es la primera perra que cojo.

— ¿Y de qué está usted ciego?

— ¡De ira!...



Dib. FERVÁ. — Colmenar Viejo

— ¡Oye, Juanito! ¡Que pierdes el compás!

dad! Sin gasolina no andan estos chismes... ¡Son muy complicados! Me temo mucho que tengamos que volver a pie.

Esta perspectiva horroriza al amigo, que acaba por lanzar una proposición.

— Oye. Aquella luz, ¿no es uno de los depósitos de gasolina que hay instalados para uso de los automóviles?...

— Sí; pero... Ya sabes que cuesta dinero... Yo no sé si tendré bastante para llenar el depósito...

— No te apures, hombre... En todo caso, no se llena más que hasta la mitad...

— Con la mitad es fácil que no pasemos de la Cibeles... Yo te pensaba dejar en tu casa...

— No te apures, hombre... Aquí estoy yo. ¡No faltaba más!

El depósito de la gasolina, que es un pozo sin fondo, capaz de guardar combustible para un circuito de tres vueltas a la Siberia, se llena por fin. El dueño hace ademán de sacar dinero; pero el amigo le detiene:

— ¡No seas tonto! ¿No te he dicho...?

— Es que creo que tengo yo bastante...

— ¡Nadal... ¡Ni hablar!...

El amigo paga la gasolina para ocho días.

Al día siguiente, el dueño del auto, como está bien relacionado, encuentra otro amigo. Le propone una cena en la Cuesta.

— Te llevo en mi coche. Hace una media de sesenta...

El amigo no sabe lo que es una media de sesenta; pero está ya caído en las redes del automovilista ahorrativo.

Habrà cena, y *souper tango*, y *piscolabis* a última hora en Los Burgaleses. El amigo se apresurará a pagarlo todo.

El arte del automovilista está en adivinar la posición de cada uno, y lo que de cada uno puede sacar. Desde un puro de cinco reales a una botella de champán en Fornos, recorre toda la escala social de sus amistades.

A fin de cuentas, sus gastos serán irrisorios. El saldo de un mes arrojará un total de gastos de cuatro pesetas para un hombre que ha hecho un plan de vida de cuatro mil.

Ahorrrará todo lo que antes dilapidaba. Gracias a su automóvil, gozará de una vejez tranquila y reposada en sus magníficas posesiones.

José LÓPEZ RUBIO

La moza de campanillas fué un gran fracaso? ¿Estaría bien en mí eso? ¿Sería piadoso hacerlo? No lo esperen del que suscribe. Me parecería un crimen.

En situación semejante me encuentro con respecto a *Las alegres amazonas*. Ustedes podrán creer que yo soy un hipócrita; están autorizados para considerarme hasta un encubridor de delito de lesa arte... Pero yo lo soportaré todo, todo, hasta la injuria y hasta la befa, con tal de no decirles a ustedes que el estreno fué tormentoso y que la gente, aburrida, no tenía al final ni fuerzas para una protesta de carácter enérgico. Y como no estoy dispuesto a hacer tan definitiva declaración, yo me permitiría la audacia de suplicar al lector amigo que me releve de insistir sobre punto tan desagradable, ya que, al final de cuentas, la cosa no tiene remedio. *Las alegres amazonas* no gustaron, es cierto; y yo, dispuesto al sacrificio, me llevaré a la tumba tal secreto, y ni aun a la hora de mi muerte confesaré que salí aburrido como una ostra...

Un tercer caso. El estreno de *Su Majestad*. Yo, caballeros, soy amigo íntimo de los autores, y me honro mucho en ello... ¿No se hacen ustedes cargo? ¿No piensan por un instante el gravísimo aprieto en que se hallarían si se viesen obligados a juzgar — aun después de una franca actitud del público — la obra, no de un amigo, sino de tres, complicados al mismo tiempo?

En otro estilo, y fíjense en la salvedad.

Asenjito y Torres del Alamo, hermanos camaradas, estrenaron en el Español un sainete titulado *La casa de la alegría*, y gustó mucho, por cierto. ¿No fuera una indiscreción censurable que yo me saliese ahora con la monserga de que no hay tal alegría, y de que son unos falsarios, y de que la casa y la obra llevan en sí una tristeza como para llorar? Claro es que, alegre o triste, el sainete gustó; aunque tampoco quiera declararlo.

Ustedes podrán hacerme tiras, ofenderme con su desprecio, tirarme piedras a la cabeza, y yo, aunque siento sinceramente lo contrario, afirmaré, con la mano diestra posando sobre el corazón, que me divertí horrores cuando vi *El fin de Edmundo*, y que estuve riendo a mandíbula batiente durante la representación...

Y, en cambio, yo aseguro a ustedes formalmente que en provincias, y por la compañía Diaz-Artigas, se ha estrenado hace poco una obra titulada *La montaña de cristal*, que a mí me parece deplorable en absoluto. ¡Claro es que de esa obra uno de los autores es un servidor! ¡Y no estaría bien que yo me la alabase! Dejo ese cometido a ustedes para cuando tengan el gusto de verla representada en Madrid.

¡Y claro es que yo, modestamente, me inhibo!

José L. MAYRAL

LAS COSAS DE LOS TEATROS

REVISTA DE LA SEMANA

Me veo obligado a insistir en algunos de los procedimientos empleados durante la temporada que pasó. Quizás un lector de mal temple tuerza el gesto y murmure:

— ¿Nos va usted servir refritos?

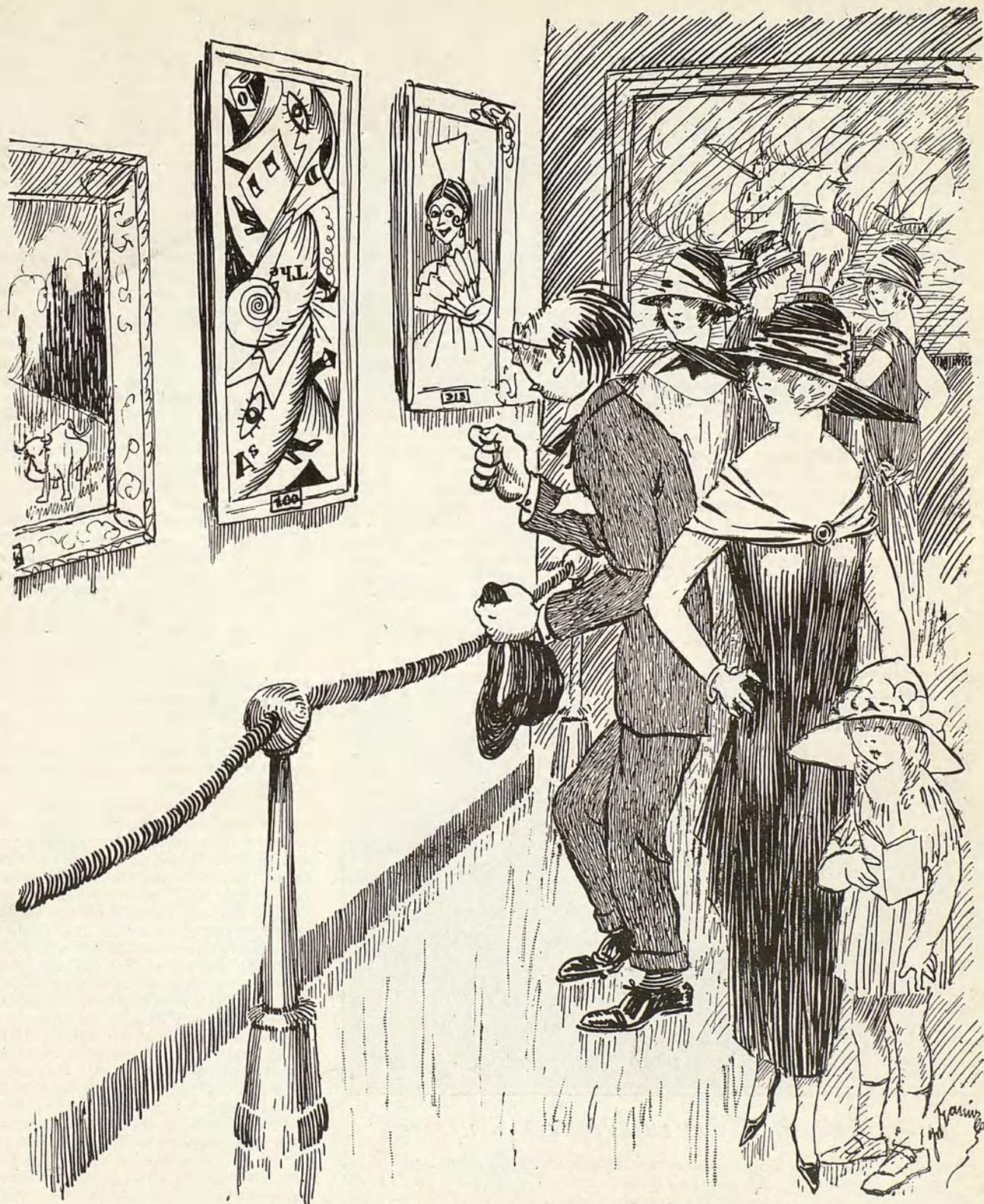
Yo no engaño a nadie. Tengo que acudir al refrito; y lo hago con el mismo derecho, por lo menos, que los autores — entren todos y salga el que pueda — que estrenaron en la semana anterior. Y si ellos *se repiten* y son los

mismos del año pasado, y yo tengo los mismos motivos que hace unos cuantos meses para considerarlos, ¿no es lógico que me ocupe de sus obras en parecida forma a como lo vine haciendo hasta ahora?

Sí, lector del gesto agrio, yo soy un hombre amable y de buenos sentimientos. Reconozco que soy incapaz de decir, no ya que las obras eran malas, sino que el público las tomó como no buenas... y obró en consecuencia.

¿En qué cabeza cabe, por ejemplo, que yo voy a confesar y a propalar que

EN EL SALÓN DE OTOÑO



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¡Cretinos!... ¡Hotentotes!... ¡Me han colgado el cuadro cabeza abajo!...

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

(CRÓNICAS ABSOLUTAMENTE VERACES
DE UN VIAJERO REGOCIJADO)

LIII

Yo ya lo sabía cuando vine a París... Estaba seguro de ello, porque era una cosa que tenía que suceder... Y lo que me extraña es que no haya sucedido antes...

Pero, en fin, ya ha sucedido, y no es cosa de mesarse los cabellos por lo que es irremediable.

¡¡He pecadol!

Estas dos palabras, que parecen tan sencillas y elegantes, envuelven una tragedia de papá y muy señor mío. Son la prueba oral y escrita de que el amor parisiense, la voluptuosidad *montmartroise*, la coquetería boulevardiera y la facilidad de las comunicaciones que hay aquí entre las señoras y los caballeros, han ejercido en mi alma una influencia deletérea, me han colocado al borde del abismo, me han obligado a olvidar mis deberes conyugales, paternos, socia-

les y madrileños, y han hecho que en brazos del vicio desolado me abandone.

Sí, señores; he sido traidor a la fe jurada, he dejado de enviar dinero a mi familia (cosa ésta que se explica fácilmente con saber que no lo tenía ni para mí), y me he dedicado a bailar el fox en los *cabarets*, sin que bastasen a sacarme de tan insensata *juerga* ni las tribulaciones de mi esposa, ni la horrible tragedia española, que ha dejado en la calle a Romanones, Maura, Alhucemas, Sánchez Guerra, Bergamín, Gasset, Bugallal, etc., etc., y a los hijos de Romanones, Maura, Alhucemas, Sánchez Guerra, Bergamín, Gasset, Bugallal, etcétera, etc., y a los hijos políticos de Bugallal, Gasset, Bergamín, Sánchez Guerra, Alhucemas, Maura, Romanones, etc., etc... (¡y así hasta el infinito..., aunque yo no sigo ese camino, porque me cansaría y les cansaría a ustedes!)

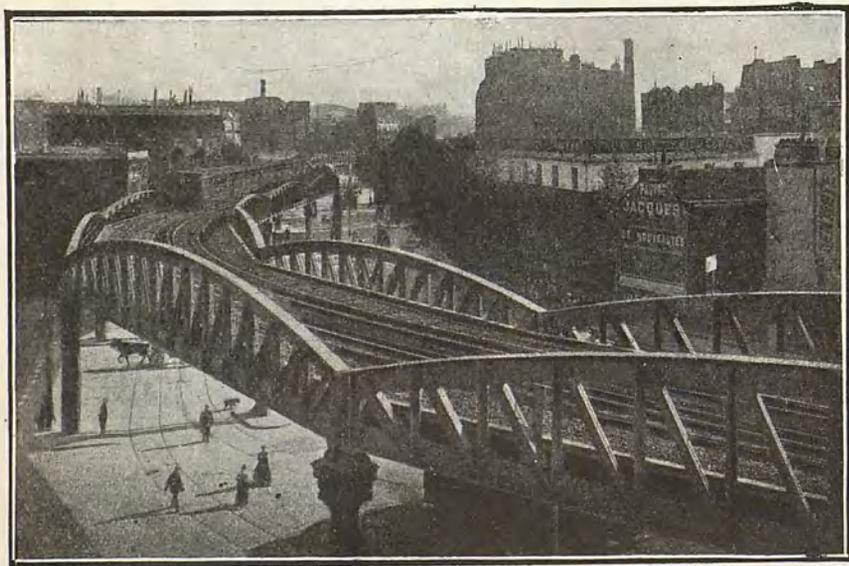
Tres meses he pasado envuelto en la

vorágine de los placeres, diciendo a ésta quiero, a ésta no quiero. (¡Y debo advertir que, para que yo dijese a ésta no quiero, era preciso que la señora fuese más fea que un negocio de concejal destituido!) Tres meses mortales en que he dejado pequeñísimos a don Juan Tenorio, a don Luis Mejía, a Arturo Serrano y al *Caballero Audaz*, que en el terreno erótico es mucho menos audaz que yo, y me apuesto con él doce o catorce reales, en la seguridad de que se los gano. Tres meses de locura, de baile, de carcajadas epilépticas, de champán de la atribulada e inconsolable viuda de Clicquot, de cenas en el *cabaret del Rat Mort* (o del ratón difunto, si lo hemos de traducir elegantemente), de paseos bucólicos y madrigalescos por el bosque de *Boulogne*, de promesas sustanciosas en la cima de la torre del señor Eiffel y de ósculos tremebundos en las tenebrosas profundidades del túnel del Metro.

En fin, ¿a qué seguir? ¡No quiero fomentar la envidia de mis lectoras ni acrecentar la admiración de mis lectoras!... Por fortuna, todo pasó; volvió la calma a mi espíritu, y ayer mismo hizo su entrada solemne en mi corazón un arrepentimiento mucho más grande que el de Espronceda.

Pero no bastaba el arrepentimiento: era precisa la penitencia. Yo soy un hombre indiscutiblemente religioso, y era tan atroz lo perpetrado en esos tres meses funestos, que sólo podía purificarme una completa confesión de mis culpas. Empecé a acariciar esta idea, y como yo cuando acaricio una idea soy tan pesado como cuando acaricio a una mecanógrafa o a una telefonista, quiere decirse que no paré hasta que la puse en práctica. Y esta mañana, después de tomar el desayuno, tomé la determinación de ir a confesar mis infamias a un sacerdote, con la esperanza de que me absolvería, porque si hubiese creído que me iba a condenar a muerte, no hubiera ido ni atado.

Y, en efecto, después de un trayecto de media hora en un autobús (lo cual ya es un principio de penitencia que brindo a los pecadores, porque es un sacrificio que Dios no tiene más remedio que agradecer mucho), llegué a la iglesia de San Eustaquio y me introduje en ella sin hacerme anunciar previamente, con toda confianza, y decidido a



EL «METROPOLITAIN» Y EL BULEVAR DE LA «VILLETTE»

Presento a ustedes el bulvar menos elegante de París, acompañado del importante pedazo de metropolitano que le cruza. En este barrio dicen que hay muchos apaches; pero se conoce que les da vergüenza encontrarse conmigo, porque yo no he visto ni uno, a pesar de ofrecer gratificaciones y todo al que se me presentara.

Voy creyendo que aquí los apaches no se ven más que en el teatro, porque miren ustedes que los busco, ¡y nada!

O tal vez será que se habrán acabado los que había y estarán construyendo otros a toda prisa.

la busca y captura de un párroco que no tuviera prisa, porque lo que yo pensaba decirle era para tratarlo largo y tendido.

Y ahora van a saber ustedes lo que cuesta entrar en una iglesia parisiense, por piadosa que sea la idea que uno lleve al ingresar en ella.

Un momento después de atravesar sus umbrales vi un cepillo majestuoso, en el cual había un rótulo que rezaba lo siguiente (jen las iglesias es lógico que los letreros recen!): *Se ruega una limosna para las necesidades del culto...* Yo, ¡para qué lo voy a negar!, intenté pasar de largo haciéndome el demente; pero un distinguido acólito que se encontraba al lado del cepillo me hizo una seña tan angustiosa y dolorida, que no tuve más remedio que arrojar una moneda de cincuenta céntimos por la ranura. Después de este sencillo acto, mi corazón pareció aliviado de un gran peso (¡del peso de los dos reales!), y continué avanzando a la husma del confesionario salvador. El hecho de que se estuviese celebrando la misa me hacía vacilar, y me detuve un instante al lado de un banco, en el cual tomé asiento maquinalmente.

En esto apareció otro acólito con un cepillo de mano:

— ¡Monsieur! ¡Dix centimes!

Era el precio del asiento.

Me pareció feo levantarme, y solté la perra, que era la perra número seis en dos minutos.

En España se suele decir que los perros en misa no hacen falta; y por lo que ustedes habrán podido observar, en París no hay manera de ir a la iglesia sin perros, porque hace uno un tristísimo papel...

Pero no he terminado todavía.

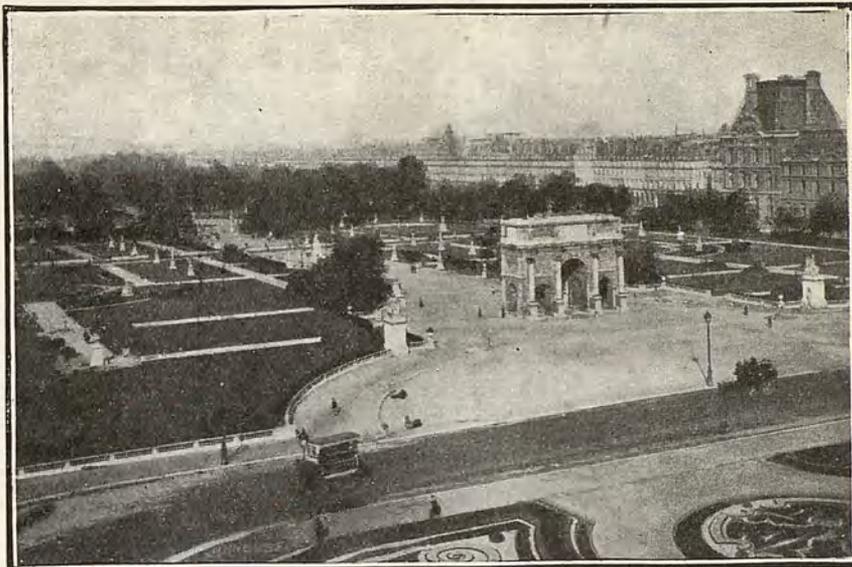
A los pocos instantes se acercó al banco una señora enlutada, y con voz baja, como lo exigía la santidad del lugar, me hizo la siguiente proposición:

— ¡El señor se encontraría mejor en aquellas sillas que hay más adelantel... ¡Valen un franco; pero son más cómodas y se ve todo con más detalle!...

Y me alargaba la mano para cobrar el franco...

¿Cómo negarse?... La seguí con resignación evangélica, me desprendí del franco con un gesto seráfico, y tomé asiento en el lugar ofrecido, aunque tuve el disgusto de que no me devolviesen los diez céntimos del banco que había dejado de ocupar. ¡Por lo visto, en París no hay costumbre de devolver el dinero de las localidades ni en lo humano ni en lo divino!

La silla, en efecto, era blanda; pero, en cambio, fué duro el trance por que tuve que pasar al sentarme: un buen señor se empeñó en ofrecerme unas postales con vistas del interior del templo, del exterior del templo y de las proximidades del templo, y me vi obligado a privarme de otros cuatro francos; y una jovencita, con tipo de novicia que está



EL ARCO DE TRIUNFO DEL «CARROUSEL»

Simpático monumento, un poco bajo de techo, a nuestro modesto juicio, lo cual no le quita importancia, porque también es bajo de techo el maestro Villa, y no le impide ser director de la banda municipal de Madrid.

En este arquito se da la curiosa casualidad de que se prohíbe hacer aguas durante el día; y no digo durante la noche, porque cuando llegan esas horas, da lo mismo que se prohíba que que no se prohíba. La consecuencia es idéntica y fatal...

para profesar, solicitó, con una bandejita en la mano, un pequeño óbolo para coadyuvar a los gastos de reparación que se están llevando a cabo en la santa casa (total, un franco más).

Por fin divisé un confesionario con un sacerdote dentro, y me acerqué contrito y con la mano en el bolsillo del chaleco por si había que pagar algo para empezar a hablar. Por fortuna, la confesión era gratuita; pero, por desgracia, al ir a arrodillarme se aproximó otra señora con un almohadón y lo puso galantemente bajo mis rótulas, alargándome otro cepillo en el que decía: *Prix: un franc.*

Y (¡gracias a Dios!) pude empezar a confesarme.

El sacerdote parecía buena persona, aunque juraría que olía un poco a agua de Colonia; pero al notar que el penitente era un madrileño, no pudo reprimir una sardónica sonrisa y me dijo un poco extrañado:

— ¡Es usted el primer extranjero a quien confieso en todos los años que llevo empleado en esta casa! ¿Es que no se ha confesado usted en Madrid?

Le dije que sí; pero que era tal el peso de mis culpas, que dudaba de que me admitieran en el tren ni aun pagando el exceso correspondiente.

Y comencé a contárselas.

El buen clérigo sonreía, decía «¡Oh!» de vez en cuando; tornaba a sonreír, volvía a decir «¡Oh!», y yo seguía refiriéndole enormidades, cada vez más anima-

do por la buena acogida que me dispensaba.

Así pasó una hora larga (¡es decir, pasó una hora de sesenta minutos, que es el tamaño que suelen tener las horas!), y al terminar mi relación, me dijo lo que sigue, palabra más, palabra menos:

— ¡No le he entendido a usted muy bien, porque habla usted un francés que no hay manera; pero, de todos modos, y para que no se vaya descontento, le perdono en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo..., y le ruego que no calumnie a las muchachas de París, que, hagan lo que hagan, lo hacen sin malicia y por hacer agradable la estancia en ésta a los extranjeros que nos visitan!...

Este halagador resultado no me sorprendió, pues sólo por ello quise confesarme en París, en lugar de en Madrid, para donde salgo pasado mañana a presentar mis respetos a Primo de Rivera.

¡Si lo que yo conté en París al sacerdote supradicho, lo confieso en Madrid, me excomulgan!

¡O, por lo menos, me imponen una penitencia que no me quedan años bastantes de vida para cumplirla!

¡He sido muy culpable!

¡Con lágrimas en los ojos, y con la promesa formal de no volverlo a hacer... hasta que vuelva a París, lo reconozco!...

ERNESTO POLO

París. — Café Louis XIV. — Octubre.



¡¡Si te pego una "patá"... verás!!...

¡¡DE ALICANTEEE..., MOJAMA!!

Lectores, si no lo tomáis como una broma de BUEN HUMOR, yo os diré que el equipo Natación, de Alicante, es una cosa muy seria.

Los *nadadores* han demostrado que conocen el juego del balón, que se entienden perfectamente todos sus elementos y que saben salir solos de casa.

En el día de la Pilarica contendieron con el Madrid F. C. en el obligado campo de la Ciudad Lineal, tan *inaccesible* para el público como en tardes anteriores, etc.

Los primeros veinte minutos del partido ofrecieron una constante vistosidad; se jugó con limpieza suprema, riñéndose gallardamente frente a ambas *porterías*, cuyas redes permanecieron incólumes, advirtiéndose un sensible dominio en el ataque por parte de los *gatos*, que a toda costa querían darse un atracón de mojama.

Lo lograron: el primer tiempo finiquitó con dos tantos a favor del Madrid. Y Quesada *arremató* con su buena media docena de limones, mientras que Manzanedo, su compañero de defensa, le tarrareaba así:

«De tu ventana a la mía
me tirastes un limón...»

Digamos, de paso, que el susodicho Manzanedo luchó denodadamente contra los *calzonazos*, que pugnaban por desprenderse de su nada endeble cintura.

¿Pero es que no había a mano una soga de atar baúles?

El segundo tiempo comenzó con un leve dominio de los madrileños; pero en seguida los levantinos se empeñaron en jugar, y mantuvieron la pelota frente a casa del Sr. Martínez, levantando la pata frente al quicio de su puerta, pero... sin calar.

Las aficiones *prestimanas* de Quesada determinaron un golpe franco que

el medio centro *mojamístico* se encargó de *endiñarle* al notable portero.

Por cierto que los contertulios le *convidaron* con la vetusta chufia

«¿Qué ve usted, Martínez?»

Porque, aunque nos lleven al Juzgado, diremos que al amigo Martínez se le *coló* el balón sin enterarse, aéreamente, cual si fuese un fugaz globo de turgente goma, diáfano, estallante, recién salido de los almacenes de Rodríguez, escapado de las manos del bebé, uno de esos bebés de la clase media, que puede muy bien llamarse Dagoberto, Zoilo, Gundemaro o Pascasio, y que lleva siempre, invariablemente, el trajecillo de marinero y un buen sombrero de paja con sendas cintas azul turquí, en las que, con estampación purpurinesca de caracteres frágiles, se lee así: ¡¡*Viva el archipiélago de Magallanes!*!

¿...?

El embotellamiento del Club propietario, desde tal momento del *goal*, fué ya un hecho.

Y a no ser porque el árbitro, Sr. Nieto, hallábase recientemente operado de unas malévolas cataratas, hubiese decretado dos *castigos* más contra la puerta de los queridos paisanos, cuya vida guarde Dios dilatados años.

«Y así terminó el partido.
Perdonad... las muchas *faltas*...»

como Nieto las perdonó.

Al salir, a la puerta del campo — no es chiste, amados Teótimos —, unos alegres chiquillos gritaban así:

¡¡De Alicanteeeee..., mojama!!!



A Dios le pido llorando
que me quite los balones
y a ti te los vaya dando.

Esto parecía decir el portero del Unión Sporting a cualquier *chutador* del Athletic Club, cuando trataban los chicos blanquirrojos de meter la pelota en su red.

El susodicho guardameta, con la más fervorosa de las uncciones cristianas, hincábase siempre de rodillas para recibir los *cañazos*. ¡Los hay mártires!

Nada, pues, ha ganado el simpático equipo de los unionistas, cambiando a Cano por García. En apellidos tampoco se substituyó un Shakespeare por un Schopenhauer. Ambos muchachos, sin regatearles una excelente voluntad, distan mucho de ser el portero que, en definitiva, necesita el Unión Sporting, si desea, como es de suponer, quedar a honrosa altura en el campeonato que se está debatiendo.

El modesto Club tiene ya su bonito campo; cuenta con unos jugadores codiciosos y entusiastas cuyo conjunto resulta muy aceptable; tiene simpatías, ambiente entre el público. Cuando se ha construído una casa con loables esfuerzos, hay que cuidar de proporcionarse un portero que no se pase la vida leyendo el periódico, con gran riesgo para la finca, en la que pueden colarse de rondón los *registradores* de la propiedad.

¿Enterados?... Pues... a otra cosa. Con la tarde lluviosilla comenzó el encuentro, al que acudió numerosa concurrencia, agradada ante la vista de un campo que, dentro de su modestia, reúne condiciones de capacidad, y, sobre todo, tiene un fácil acceso.

Durante el primer tiempo, el dominio fué alternativo, jugando con más técnica el Athletic Club, pero con más entusiasmo y codicia el equipo propietario del campo, del que se volvió a destacar el minúsculo medio centro, que se empeñaba en estar en todas partes, don divino sólo permitido al Altísimo, que, dicho sea de paso, no dejó de su omnipotente mano al portero rojo, a quien los chicos de Ruete pudieron marcarle hasta los calcetines.

Empatando a *cero* terminó el primer tiempo.

Emprendido el segundo, se acentuó en los comienzos un sensible dominio de los atléticos, que llevaron la pelota varias veces ante la *meta* del evangélico García, quien, gracias a los buenos oficios del Sacristán de la *parroquia* — que ayer defendió rudamente su puesto —, no vió dentro de su red el balón en tres o cuatro ocasiones.

En uno de estos avances; el árbitro, Sr. Larrañaga, decretó un *penalty* por una mano... *invisible* para la mayoría

del público. El castigo determinó el primer tanto de la tarde a favor del Athletic.

Empujaron entonces arrolladoramente los unionistas, acorralando a sus adversarios, produciéndose una falta por éstos que el mencionado señor árbitro no se hallaba dispuesto a castigar...

Y vino... el anhelado panorama cinematográfico: publiquito que se lanza a la esponjosa arena, discusiones acaloradas, barullo indescriptible, y... para decidir, y claro es que también para terminar, los del 14.º tercio que *despejan* la situación. *Golpe franco* que marra Rodríguez. Otro después, sin consecuencias, y, finalmente, el tercer castigo, ya fatal, y a nuestro juicio también por falta *invisible*— algo así como una *consolación* otorgada por el débil árbitro —, que viene a proporcionar el empate.

Dominan de nuevo los atléticos. Pololo, que ha jugado muy bien toda la tarde, pasa oportuna y vistosamente a Olariaga, y éste, de un magnífico tiro largo desde su *sitio*, altera el marcador y logra el resultado triunfante para su equipo, terminando el partido con nuevos empujones de los unionistas, quienes tiran *corners* contra la puerta defendida con enorme denuedo por Eguía..., que puede ser muy bien, entrenándose, el *guardameta* tan necesitado por los blanquirosjos.

Aunque formaron parte de sus respectivos equipos, no vimos por ninguna parte ni a Triana ni a Olaso ni a Moraleta.

Ahora, un consejo, unionistas, ya que no está permitido dar dinero:

Necesitáis un portero menos cristiano..., pero más católico.

Precisa que atéis con una cadena al chico, sujetándole en su sitio de medio centro.

Debéis buscar un elemento del Directorio que enseñe a *dirigir* los tiros al estimable jugador Rodríguez.

Y, por último, una buena navaja barbera para el bigote del extremo izquierdo, acabaría dándole cierto aire...

TIROS BOMBEADOS

El Colegio de Árbitros ha ofrecido a determinado equipo alicantino, muy aplaudido recientemente en Madrid, uno de sus mejores *magistrados*, para que se lo lleven de excursión y le compren cosas...

Por discreción llamamos el apellido del *funcionario* tan galantemente ofrecido.

Sólo diremos cómo los de Levante contestaron que...

— ¡Pa su agüelall!

✂ ✂ ✂

Mis distinguidos compañeros en la Prensa, los redactores deportivos de *La Opinión* y de *La Voz*, lamentan la es-

casez del perímetro adjudicado a la tribuna correspondiente en el campo de la veterana Gimnástica.

De acuerdo. Allí quienes debieron estar amarrados y quietecitos durante el partido fueron los delanteros del equipo blanquinegro. Y en un rincón, aunque fuese merendando, el portero del Unión Sporting.

✂ ✂ ✂

El redactor deportivo abajo firmante vió el domingo dar buenos *pases* a los chicos de Ruete.

Pero el pase que se halla esperando es el de la tribuna de Prensa en el campo atlético.

El mencionado documento se halla ya en poder hasta del redactor deportivo de *El Cirio Silvestre*, de Sabiñánigo.

¡A ver qué botones ha enviado con el *encarguito* D. Julián!

Ya sabe: Plaza del Angel, 5. Apartado 12.142. No hay teléfono. Lo romperían los palmazos de nuestro Concurso de pasatiempos.

✂ ✂ ✂

A una revista deportiva de la ciudad condal, que hay que leer con lupa, le

TITIRIMUNDILLO

— ¿Adónde vas tan corriendo?

— A poner un telegrama de felicitación a Mussolini.

— ¿Por qué?

— Porque me ha dicho Cadenas, el empresario del Reina Victoria, que ¡Roma se divierte!

✂ ✂ ✂

— ¿Ha visto usted cuánto sordo hay desde que ha venido el Directorio militar?

— Eso, ¿por qué?

— Hombre, porque el que más y el que menos quieren ser tenientes.

✂ ✂ ✂

— Te he visto haciendo el amor a una muchacha.

— Sí; me conviene.

— Su padre es uno bajo, ¿verdad?

— ¡Ca! Te has equivocado de piso. El padre tiene mucho dinero.

— ¿Y qué?

— Toma! Que es lo principal.

✂ ✂ ✂

— ¿Y qué tiene su marido?

— Que se ha intoxicado con leche.

— ¡Pero si ahora la dan pura!

— Pues precisamente por eso. ¿No ve usted que el estómago estaba acostumbrado al agua con almidón revuelta con la leche?...

han contado que, en la inauguración del campeonato castellano, la labor de los delanteros de la Gimnástica fué nula. Conformes.

Luego le cuentan que los medios actuaron pésimamente. Aquí ya se impone aquello de «que le frian un huevo».

Dictaminase después, doctoralmente, que sólo la defensa y la puerta estuvieron regulares. Pueblo estuvo mal, no regular. Pero Valmaseda defendió muy bien y salvó situaciones, y Sancho fué el portero buenísimo de siempre.

Y lo de que el pequeño medio centro del Unión Sporting anuló a Adarraga..., es como para tirarse contra el suelo...

¡¡Pero de risa!!

✂ ✂ ✂

Policromía.

El Sr. Larrañaga arbitró un partido de campeonato vestido de azul.

Demostró que para estos menesteres se encuentra verde.

Se convencería de que le pusieron morao.

Alternando sin fuerzas de la Benemérita, le auguramos un porvenir... ¡¡muy negro!!

PICHÍN-MALO

Relato de una cogida.

«El toro derribó al espada, y allí hizo por él, dándole una cornada.»

¡Caray! A esto le llama usted hacer por él. Pues si llega a darle un empleo, ¿qué hubiese dicho?

✂ ✂ ✂

— ¿No vas nunca al Hipódromo?

— Jamás; me da mucha vuergüenza.

— ¿A tí?... ¿Por qué?

— Porque veo que hay muchos animales que terminan la carrera, y yo, de las cuatro que he empezado, no he podido acabar ni una.

✂ ✂ ✂

Entre músicos.

— Corren malos vientos para la temporada del Real.

— Sí; y dicen que no se abre. ¡Figúrate qué porvenir para nosotros, pasarnos todo el invierno sin un Real!

✂ ✂ ✂

— En el salvamento del España hay siempre en torno del barco muchos botes.

— Pues lo propio ocurre con el salvamento de la otra España, de la auténtica.

— ¿Ahi?... ¿Dónde están los botes?...

— ¿Le parecen pocos los que están dando los políticos?

ALREDEDOR DEL MUNDO CURIOSIDADES Y RAREZAS

I

En la isla de Cuba, como todos ustedes saben (y el que no lo sepa habrá salido suspenso en Geografía, por lo que le acompaño en el sentimiento), hay una importante población, con vistas al campo, que se llama Cacarajicara.

Y en el Norte de África, según se entra, a mano izquierda, hay otra población denominada (si mal no recuerdo, que creo que no recuerdo mal) Tazza.

Y lo que ustedes no saben es que Tazza es mucho más pequeña que Cacarajicara.

Absurdo que todavía no he podido meter en la cabeza a mi criada, la cual anda diciendo por ahí que estoy tocado.

No lo crean ustedes. La que está tocada es ella; y para más informes, diríjase a un sargento de Wad-Ras que vive en Aduana, 98, cuarto, centro.

II

El ilustre comediógrafo griego Aristófanes, que tuvo éxitos más grandes que Muñoz Seca, aunque no llegó a cobrar tanto como éste, fué el primer autor que pensó escribir un apropósito para Loreto Prado. Ya en aquel tiempo los siete sabios de Grecia opinaban que Loreto era una actriz genial.

Opinión que yo (que soy uno de los

siete ignorantes de Guadalajara) comparto con todas mis fuerzas.

III

Don Cristóbal Colón (a quien tengo el gusto de ofrecer mi casa) descubrió un pedacito de América, según ustedes no ignorarán.

Se valió para ello de tres carabelas (*Pinta, Santa María y Niña*, como es bien sabido), y tengo una ligerísima idea de que tardó seis meses en hacer el viaje.

De manera que si las carabelas fueron construidas para la excursión, al llegar a América la *Niña* tenía seis meses.

Es inexacta, por tanto, la afirmación de un historiador francés que dice textualmente:

«Y de la *Niña* salió un grito entusiasta, un grito triunfal: ¡¡Tierra!!...»

Cosa imposible, porque si la *Niña* no tenía más que seis meses, no es lógico que supiera hablar, y mucho menos decir ¡¡tierra!! de una manera tan clara.

Gracias que supiese decir *papá* y *mamá...*, y aun con eso su talento resultaría tan precoz como el de Narcisín.

IV

De resultas de unas investigaciones que nos merecen absoluto crédito, se ha averiguado que Felipe II mandó edi-

ficar el actual monasterio del Escorial con el fin de que sirviera para hotel-restaurante; pero tanto porque la cosa salió una maravilla, como porque entonces no había casi huéspedes ni turistas y el negocio era una pérdida segura, se cambió de idea y se convirtió en lo que hoy es.

Fijándose un poco, sin embargo, se pueden apreciar vestigios del primitivo destino a que se dedicaba el edificio.

Hay un subterráneo, destinado a encerrar a los huéspedes que no pagasen, que es un encanto; y el llamado jardín de los frailes está pidiendo a voces un centenar de mesas con mantel y un sexteto con *jazz-band* para amenizar las comidas, lo que seguramente hubo en sus buenos tiempos.

Seguramente, Felipe II no anunció bien el hotel, o el encargado y los camareros le robaban, porque no se explica de otra manera la ruina de la industria con tan magnífica instalación. La prueba está en que hoy va la gente a montones, a pesar de que no tiene la esperanza de que le den ni un mal café con media.

V

El general Weyler tiene prohibido que en su casa entren los periódicos de modas.

VI

La enfermedad más penosa del elefante es el constipado nasal, debido, principalmente, a que no se saben sonar la trompa.

Pero corren mucho más riesgo de morir en otro período de su vida: y es en la infancia y durante la época de la *dentición*, que viene a durar unos cinco años y medio.

VII

Estadística curiosa de las velocidades mecánicas alcanzadas por sistemas de locomoción modernos, en relación con las velocidades animales más famosas (hecha por un físico alemán):

El ciervo corre a razón de cincuenta kilómetros por hora.

El conejo, diez kilómetros más que el ciervo.

La liebre, quince kilómetros más que el conejo.

La mosca, doce kilómetros más que la liebre.

El surexpreso de Hendaya, cuatro kilómetros más que la mosca.

El águila, diez y seis kilómetros más que el surexpreso.

El biplano Farman, sesenta kilómetros más que el águila.

El viento huracanado, cuarenta y tres kilómetros más que el biplano.

Y Santiago Alba, a su salida de España el día que vino el Directorio, tres mil doscientos ochocientos kilómetros más que el viento huracanado.

NÉSTOR O. LOPE

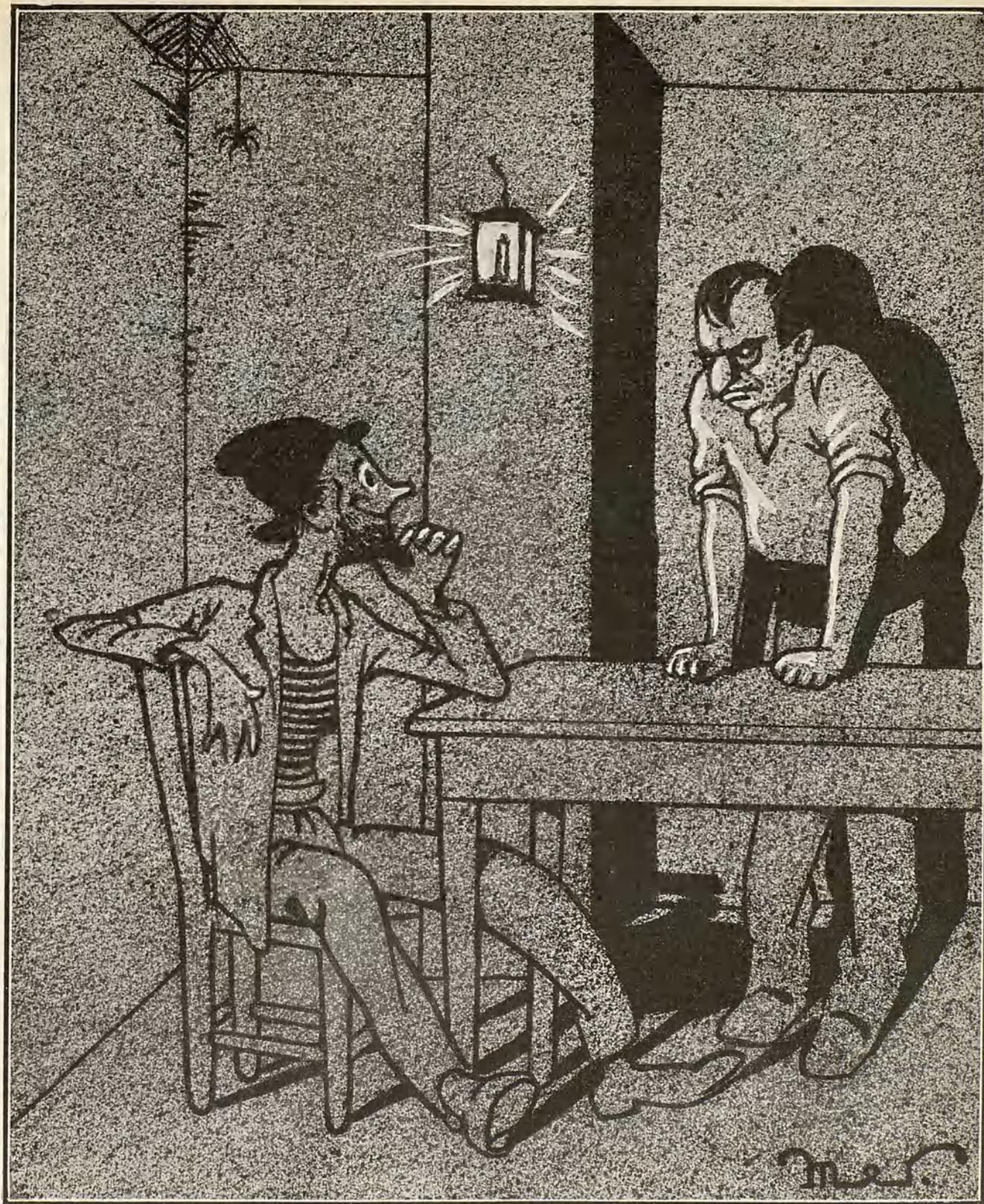


Dib.
Sánchez Vázquez.
Málaga.

— Cuando yo era un chiquillo, mi padre me hubiese dado una paliza si llego a presentarme ante él, como tú, todo destrozado.

— ¡Pues buen padre tendrías, papá!

— ¿Cómo? ¡Imprudentel! ¡Bribón! ¡Yo tenía un padre que ya quisieras tú tenerlo!...



Dib. MEL. — Madrid.

DEL «GRAN MUNDO»

- Sí, señor. El bisté, cero cuarenta; si trae el cuchillo, se le hace rebaja.
- ¡...!
- Sí...; se estropean mucho.

LAS FORMAS DEL AMOR

LO QUE SE PIENSA EN SIETE MINUTOS

Una advertencia, lector amable y divina lectora: Como ya el título lo indica, he estampado más abajo lo que un hombre y una mujer piensan en siete minutos. Para lograr este cuadro comparativo me he valido de los rayos W, invento mío, por medio de los cuales leo en el cerebro de los demás. Lo advierto para que no te extrañe la justeza del trabajo. Dicho lo cual, me retiró por el primero izquierda. ¡Salud y optimismo!

Lugar de acción, un vagón del Metroropolitano Alfonso XIII. En la estación de Chamberí suben al convoy *El hombre y La mujer*. El primero es un caballero de unos treinta años, desenvuelto, ágil, inquisitivo en el mirar, dulce y algo irónico en la sonrisa. La mujer es una dama de unos veinticuatro, elegantísima, distinguida sin afectación, amable sin coquetería. Las siete y media de la tarde.

Como ya se habrá comprendido, el diálogo y los monólogos son mentales nada más.

Empieza la acción.

EL SILBATO DEL EMPLEADO. — ¡Pi, pi, pi!

LAS PUERTAS AL CERRARSE. — ¡Tras! ¡Tras! ¡Tras!

EL TREN, PONIÉNDOSE EN MARCHA. — ¡Tocotoco, tocotoco, tocotoco, tocotoco, tocotoco!

LA MUJER. — ¡Qué golpes tan molestos los de las puertas!... ¡Me habrán cerrado los almacenes?... ¡Salgo siempre tan tardel... No sé lo que me ocurre, que, el día que menos, tardeo una hora en arreglarme... ¡Húy, ahora que me acuerdo!

¡He dejado la llave de mi *bureau* postal... Apuesto a que Pepita (*Pepita es la doncella*) me ha cogido papel para escribir a su novio... Tengo una memoria fatal... ¡Uf! ¡Qué calor!... (*Mirando a un grupo de gentes del pueblo que se apiña a su alrededor.*) ¿Por qué olerán tan mal los pobres? (*Acordándose de su espléndido cuarto de baño.*) ¡Con lo adorable que es el agua!... Si el pueblo bajo se bañase todos los días, no habría revoluciones. (*Lanzando una ojeada por el vagón y leyendo instintivamente los anuncios.*) «Rosmarinol...» «Sal de frutas Heno...» «Máquinas Gillette...» «Se prohíbe fumar...» «Kolynos...» «Hotel de ventas...» «Básculas Tol'edo...» (*Descubriendo a El hombre, que tiene los ojos fijos en ella.*) ¡Oh!

EL HOMBRE (*al entrar en el vagón el último*). — ¡Caramba, si me descuido me pilla un pie la puerta al cerrarse! ¡Qué barbaridad, como apesta este cochel! (*Mirando a un hombre que vuelve de los Cuatro Caminos con la tartera de la comida.*) ¿Será incompatible el trabajo manual con el afeitarse todos los días. (*Viendo a una mujer raquítica, feísima, llena de arrugas, que viaja a su lado.*) ¿En qué estaría pensando el que llamó a las mujeres sexo bello? Y es que en nada se puede generalizar. Siempre hay excepciones. Las excepciones son las piruetas que de vez en cuando dan las leyes inmutables. ¿Encontraré a Jiménez en su casa? A lo mejor, se ha ido fuera sin avisar... ¡Qué perjuicio me causaría! Si no veo a Jiménez a

las ocho, sufrirá un gran quebranto el negocio... (*Descubriendo a La mujer.*) ¡Caramba, qué maravillosa criatural... Muy bonita... ¡Pero muy bonital... ¡Qué dulcísima expresión la de esa caral... ¿Por qué no sabré yo dibujar? Si supiera, le haría ahora mismo un apunte y podría contemplarla siempre. Y así, ¿quién sabe si no volveré al verla? ¡Es precioso!... ¡Qué trazado tan admirable debe tener esa criatural... Y parece inteligente... El casarse se justifica con mujeres así... Y a lo mejor, resulta fiel: hay mujeres extraordinarias...

LA MUJER. — ¡Vaya un hombre simpático!... Y qué bien viste... ¡Será casado!... Un hombre así tiene que verse necesariamente perseguido por las mujeres. (*Apretando los labios con rabia.*) ¡No quiero pensarlo!

EL HOMBRE. — ¡Húy, qué gesto ha hecho! Debo parecerle antipático... (*El pobre no puede leer en el cerebro de ella!*)

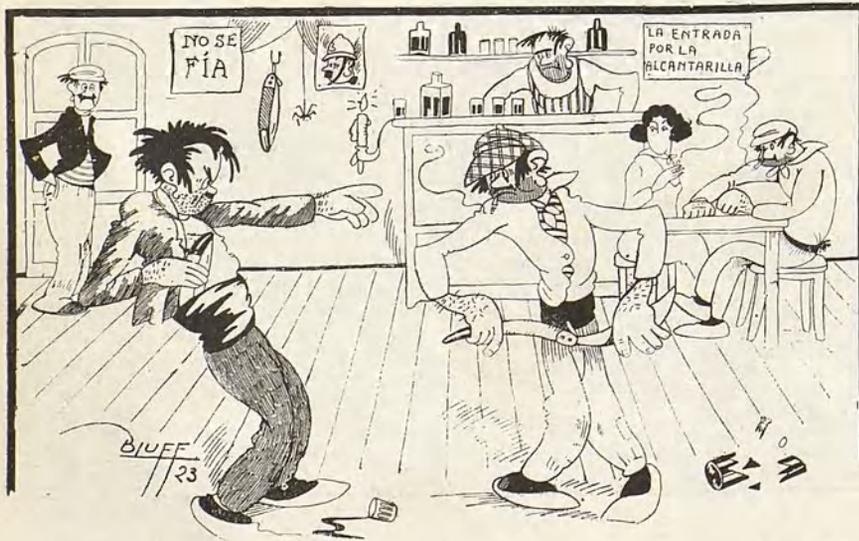
LA MUJER. — ¡Malo! Ha dejado de mirarme... Eso es que no le gusto. Pues me parece que yo no soy fea; ese hombre es un estúpido. ¿Hoy es doce o trece? Doce, debe de ser doce; justo, ayer escribí a Luisita y puse fecha once... ¡Ah!... (*Se estremece de júbilo.*) Me ha mirado otra vez...

EL HOMBRE. — Soy tonto. Toda mujer agradece estos homenajes. Y esa no debe de estar comprometida, porque no la ha besado ningún hombre. Las bocas ya besadas tienen un color especial... ¡Qué ojos!... ¿Por qué me enloquecerán las mujeres de ojos verdes?...

LA MUJER. — Tiene cara de favorecido. La de criaturas que le habrán dicho: «¡Te quiero!» Pero yo se lo diría mejor que ninguna. ¡Qué rabia haber nacido mujer: no me puedo declarar a él!... Claro que si no fuera mujer no me gustaría. ¡Entonces es que me gusta! (*Asustada.*) ¿Me gusta?... (*Sincera y algo conmovida.*) ¡Ay, ya lo creo que me gusta!... ¡Si me oyese tía Celia!... ¡O si me oyese él!... ¡Qué vergüenza!...

EL HOMBRE. — ¡Jaime, estás haciendo el tonto! Esa mujer te mira como puede mirar al empleado que cierra las puertas: no te hagas ilusiones... ¿Y por qué no he de hacerme ilusiones? También se enamoraron de mí Leticia, Angelines, Mágina, Jeannette, Consuelito, Pilar, Carmina, Lucila..., etc. (*Una fila interminable de nombres cruza por su cerebro.*) No soy grano de anís, ciertamente. ¡Ea, a ella! (*Comienza a mirarla con la fijeza y el detenimiento de un entendido.*)

LA MUJER (*sofocada*). — ¡Cómo me miral! ¡Qué calor hace aquí! Y tiene unos ojos interesantísimos... No he visto en mi vida un hombre tan simpático. Has-



Dib. BLUFF. — Madrid.

— ¡Es un miserable, que me ha hecho perder un gran negocio! ¡¡Ah!... ¡Hacerme perder a mí un negocio!... ¡¡Lo traspasoll!...

ta me hace gracia su nariz, y eso que es algo respingoncilla, y en un hombre... ¡Bah! En cambio, yo la tengo demasiado aguileña para ser mujer. ¡Anda! ¿Pues no sonríe al mirarme?... ¡Qué sinvergüenza, qué descarol! La verdad es que un hombre tímido resulta tan ridículo... Federico tiene razón. (*Federico es su hermano.*) A las mujeres nos gustan los hombres decididos... Sobre todo a las que no tenemos compromiso, porque el día que yo me comprometa con ese muchacho, me molestarán los hombres atrevidos... ¡Ay, Dios mío, qué de prisa voy! Soy un pájaro muy madrugero.

EL HOMBRE. — «Convencida y conquistada», como canta el barítono de *La canción del olvido*. Esa manera de mirar es sintomática. Bueno, por esa mur me hacía yo cura... ¡Caramba, cura, no, que tienen voto de castidad! Pero me casaba con ella muy a gusto. Estoy harto de hacer el loco. Después de todo, si una mujer me hubiese querido como hacía falta, yo sería ya un excelente padre de familia. Los que abominan del matrimonio, o son unos fracasados en amor, o son unos ingenuos, que se las dan de pillines. No sé quién dijo que «el matrimonio es un viaje muy largo para hacerlo en mula...» Conformes... Pero si me caso con esta mujer, preveo que no haré el viaje en mula, sino en *sleeping*. Y a ser posible, por la «P. L. M.»... (*Clavando sus ojos en los de ella.*) ¡Qué bonita; pero qué rebonital...!

LA MUJER (*que no ha oído, pero sospecha lo dicho*). — ¿Sí? (*Comienzan a hablar los ojos, que, libres de convencionalismos, se tutean.*)

LOS OJOS DEL HOMBRE. — ¡Preciosa!

LOS OJOS DE LA MUJER. — ¿De veras?

LOS OJOS DE ÉL. — ¡Cómo te que- ría yo!

LOS OJOS DE ELLA. — Pues yo no...

LOS OJOS DE ÉL. — No te creo...

LOS OJOS DE ELLA. — Bueno; eres un tonto...

LOS OJOS DE ÉL. — ¿Estás comprometi- da? Si lo estás, lo siento por el otro.

LOS OJOS DE ELLA. — ¡No lo estoy! ¿Pues qué habías creído? ¡Vaya!

LOS OJOS DE ÉL. — ¿Puedo acercarme a ti?

LOS OJOS DE ELLA. — Con buena in- tención, sí...

LOS OJOS DE ÉL. — Entonces, voy...

LOS OJOS DE ELLA. — ¡Así lo quiere la fatalidad! ¡Ya viene, ya viene!

EL EMPLEADO. — ¡Soll! La salida, por el centro!... (*Salen los dos viajeros.*)

EL HOMBRE (*acercándose a la mu- jer*). — Señorita...

LA MUJER — (*fingiendo un gran asom- bro y como si se indignase*). — ¡Caba- llerol...

EL SILBATO DEL EMPLEADO. — ¡Pi, pi, piil...

LAS PUERTAS AL CERRARSE. — ¡Tras! Tras! ¡Tras!...

TELÓN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

SONRISAS

NO MORIRÁ NADIE

¿Desde cuándo?

Desde el año, ya bastante próximo, de 1925.

Conque respiren ustedes, lectores, si es que para cuando aparezca este artículo no se ha prohibido respirar, que todo podría suceder, según se ponen las cosas.

Un conferenciante norteamericano (tenía que ser así) acaba de predicar en Nueva York la buena nueva de que todos seremos inmortales (que rabien los académicos) desde 1925 en adelante.

Numeroso público acudió (la cosa lo merece) a oír la palabra de este oráculo humano, que deja en mantillas a la sibi- la de Cumas y a la Esfinge tebana.

¿Qué razones opuso el hombre al su- premo argumento de la muerte? Unas muy científicas y muy modernas. Vino a decir, sobre poco más o menos, que al comenzar el año en cuestión cesará el régimen satánico que gobierna el mun- do, y con él, esa ridícula antigualla de rendir tributo a la muerte. Y nada más.

Ya estamos figurándonos al famoso Aqueronte, encargado de transportar las almas de los difuntos al otro bar- rido, lanzando bostezos de aburrimien- to y pidiéndoles a los dioses alguna nueva ocupación; porque, lo que él dirá si se siente castizo: «No pasa un alma».

Y en cuanto a Plutón, el señor de la profundidad infernal, que dijo el autor de la *Celestina*, no va a tener otro reme- dio que licenciar a todos sus demonios, aun a los de cuota.

¡Pobres empleados de pompas fúne- bres! ¡Pobres sepultureros, lapidarios y demás individuos paradójicos, que ten- íais asegurada la vida gracias a la muerte!

Ahora que nadie se va a morir es cuando vosotros vais a tener que *di- ñarla*.

PROTÉJASE A LOS PÁJAROS

Apenas el otoño hace su entrada triunfal en Madrid, se recrudece que es un dolor la cruenta matanza de pájaros de toda especie, desde el práctico gorrión (el Cambó de los volátiles), hasta la canora calandria, esa avechilla pintu- rera que tiene toda una escala de notas

en la garganta, ni más ni menos que García Prieto.

¿Ustedes creen que es justa esta per- secución a los seres que vuelan?

No, no es justa. Ni a los que vuelan... ni a los que corren. (Y ya sabemos que aquí el que no corre, vuela.)

Pues bien: como esto no puede con- tinuar así, yo voy a romper... (no se alar- men ustedes) una lanza en pro de los simpáticos pobladores del aire, esos que al morir el día, cuando en el Poniente pintan oros se van derechos a las copas (a las de los árboles, se entiende), don- de se sienten flamencos y suelen *can- tarse algo*.

Lo cual no es motivo, a mi modo de ver, para que los cazadores les for- men *juicio sumarísimo* y los envíen desde las copas que ellos alegran al lado de las copas tabernarias, donde se *alegran otros*...

— ¿Conviene a ustedes en que se im- pone un remedio?

— ¡A ver, qué remedio! — exclamará algún lector.

¿Sí?... Pues ahí va.

Como se trata de pájaros, lo mejor es que aparezca un *bando*... ¿No?

Un bando que deben poner los milita- res en el Retiro (¡lagarto, lagarto!), pre- viniendo a sus subordinados (que lo so- mos todos) del delito en que incurrirá cualquier cazador y de la pena que me- rece, porque... ¡merece la penal!

Excusado es decir que a los que ca- zanles contrariará la orden. En cambio, entre los volátiles causará tal entusias- mo, que estoy seguro de que todos han de aplaudirla, con la excepción del mir- lo. Ese no aplaude, *ése silba*.

El bando, pues, debe darse, y no sólo para Madrid, sino también para las de- más poblaciones, porque en España, salvo algunos pájaros... *de cuenta*, a los que nadie da caza, los otros avechuchos suelen pasarlo bastante mal.

Y tales abusos se cometen con ellos, que yo espero verlos el mejor día for- mar un Sindicato, porque no es justo que los pobres pajarillos tengan la vida *en el aire*...

Y si no un Sindicato, al menos, una *liga*.

Por más que esto de la *liga* no les va a oler muy bien, que digamos, a los vo- látiles...

MIGUEL DE CASTRO

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el quinto cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del *amateur*. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.

LA DIGNIDAD PROFESIONAL

Por aquel tiempo yo me ganaba la vida pintando carteles. Una agencia anunciadora me tenía a sueldo, y yo traducía los encargos del director de la agencia en masas de color sabiamente combinadas sobre el papel, de modo que, desde las esquinas, fuesen una llamada ineludible a la atención del transeúnte.

De aquella época me ha quedado cierta propensión a considerar filosóficamente la extraña mudanza y el desbarajuste que, a no dudar, presiden las relaciones y encadenamiento de las cosas. Digo esto, porque así, sólo de primera intención, recuerdo semanas en que hube de pintar, ya sucesiva, ya simultáneamente, un cartel para una danza que solucionaba en escena el problema de la carestía del indumento; otro para mover el ánimo de los fieles a la piedad y encaminar sus pasos en pia peregrinación a un santuario de apertura reciente; otro pregonando las excelencias de un *dentrífico* mediante la inevitable luna que inevitablemente sonríe, descubriendo dos hiladas de pulquérrimos dientes, cuya blancura (atestiguaba un rótulo en letras de a palmo) al uso del anunciado *dentrífico* era debida; etc., etc.

Recuerdo que en cierta ocasión me fué encomendada la factura de un cartel anunciador de los habanos «Ambrosias de Vuelta Abajo». Recuerdo asimismo que sobre un fondo azul rabioso, con un paisaje abocetado de palmerales y negros con jipijapa, puse en el cartel una criolla de voluptuoso aspecto y mirada

indolente, meciéndose en una hamaca y chupeteando un cigarro puro; debajo, «Fumad habanos Ambrosias de Vuelta Abajo. Son los mejores.»

Claro está que el cartel era obra de pura intuición. Yo, no sólo no había estado en Cuba en mi vida, sino que ni siquiera había dado una chupada a los tales vegueros.

Sin embargo, el cartel tuvo buen éxito. El director de la agencia, días más tarde, me llamó a su despacho para decirme:

— Su cartel ha gustado mucho; tanto, que el representante de la fábrica de cigarros me ha enviado una caja de ellos. Vea usted: ahora estoy fumándome uno. No le ofrezco porque, como está usted acostumbrado a fumar solamente tabaco peninsular...

— ¡Hombrel...

— No, no hay de qué darlas — me atajó. Y en seguida: — El caso es que de otra casa de tabacos me piden otro cartel. Pagarán lo que sea preciso, con tal que iguale en sugestividad al de las «Ambrosias». Pero le estoy diciendo a usted detalles que sin duda no le interesan. Haga usted el cartel esmerándose, ¿eh?

Y como yo no me moviese del sitio, a pesar de la invitación que con la mano extendida hacia la puerta amablemente me hacía, el director, mal disimulando un gesto de contrariedad, murmuró:

— ¿Qué quiere usted? ¿Un anticipo? Pero, hombre, ¡parece mentira que espléndidamente retribuido como está, con cuarenta duros al mes, se encuentre us-

ted así siempre! No, no tiene que decirme nada. Ustedes, los artistas, son incompatibles con la administración, ya lo sé. Pero la administración, el orden, ¡el orden, amigo mío!, lo son todo.

Corté su rapsodia administrativa:

— Se equivoca usted, señor director — le dije —, no necesito anticipo; precisamente ayer llevé a empeñar el gabán; de modo que por unos días tengo aún dinero. Lo que sí necesito es una aclaración. ¿Qué texto debe llevar el cartel?

— ¡Pues, hombre!... ¡Qué pregunta! El mismo que el otro. En lugar de «Fumad habanos Ambrosias. Son los mejores», pone usted la marca de los otros: «Glorias de Pinar del Río.»

— ¿He de poner también que *son los mejores*?

— ¡Claro que sí!

— Yo no puedo hacer eso.

— ¿Cómo que no?

— No. Mi dignidad profesional me lo estorba. Yo, en mis carteles, cuando preconizo el uso de una cosa, calificándola laudatoriamente, es porque ella lo merece. Y si los habanos «Ambrosias» son los mejores, ¿cómo calificar igualmente otros habanos? Comprenda usted que yo quedaría por un embustero.

— Pero ¿usted sabe lo que dice? Mire, déjese de distinguir y haga el cartel. Eso, o pásese por caja: que le hagan la cuenta y a la calle. Usted verá. ¡Pues estamos frescos! Ahora, que a ver de dónde saca usted todos los meses, como hasta aquí, cuarenta duros. ¡Cuarenta duros, que se dicen muy pronto!

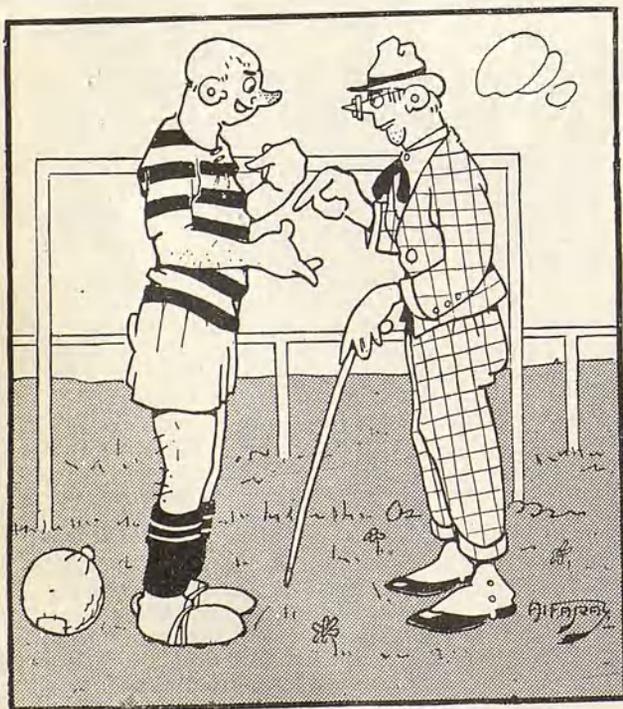
Y en prueba de que «se dicen muy pronto», repitió la cantidad tantas veces y tan apresuradamente, que al abandonar el despacho sentía yo como si sobre mi espalda gravitasen los cuarenta duros en calderilla.

El dilema que se me planteaba era terrible. De un lado, la mesada fija; de otro, el boicotaje al estómago. Por fin, a regañadientes, me puse a pintar el cartel. Ya no fué una criolla, sino una mulatita la que puse como figura central del anuncio. ¡Y que mulatita! Baste, para encomiarla, mi palabra de honor de que a punto estuve de revivir con ella el mito de Pigmalión. No cuidé menos el resto del cartel, hasta que llegó el momento de escribir el letrero propiamente anunciador. Escribí, en letras claras y airoas: «Fumad habanos Glorias de Pinar del Río.» La continuación se me resistía, se me antojaba una claudicación de mi sinceridad.

Hasta que una mañana abandoné el lecho con mis dudas resueltas. Había dado, por fin, con un arbitrio que dejaba a salvo mi dignidad y veracidad profesionales. Cogí el pincel, y al pie del necesario «Fumad habanos, etc.», escribí: «Son de los mejores.»

Todo se había ganado — es decir, los cuarenta duros —, y la dignidad no padecía.

GUILLERMO HERRERO



Dib. ALFARAZ
Madrid.

— Sí, señor; tengo una facilidad muy grande para hacer los goals.

— Ya, ya me han dicho que mete usted un goal en dos patás.

LA HISTORIA DE PABLO HURTADO

A las tres en punto, Pablo Hurtado, el joven y galante Pablo Hurtado, llegó a la parada del tranvía.

Aguardaba él solo; mejor.

A las tres y medio minuto, junto a Pablo Hurtado se colocó un caballero, que, calmoso, paseó su mirada vaga por la lejana arboleda y comenzó a silbar quedamente, suavemente, como el que comprende las ventajas nulas de silbar más fuerte.

A las tres y un minuto se presentaron dos señoras, una de ellas muy joven, la otra muy vieja, ambas muy feas. Colocadas a la derecha de Pablo Hurtado, aguardaron.

Pablo Hurtado, el joven y galante Pablo Hurtado, las miró; luego siguió avizorando a lo largo de la vía: el tranvía no llegaba.

El caballero silbante las miró. Entonó un aire nuevo y volvió a interesarse por la arboleda lejana.

A las tres y noventa segundos llegaron dos modistas con sus novios. Se colocaron frente a Pablo Hurtado.

A las tres y dos minutos llegaron más modistas con más novios.

A las tres y tres minutos llegó una pareja de la Guardia civil.

A las tres y cuatro minutos llegó una docena de niños, con su maestro.

A las tres y cinco, dos «padres del babero».

Después, una criada.

Luego, otra criada.

Más tarde, un capitán del Tercio.

Detrás, cinco señoras, una dando el pecho al niño.

A poco, un matrimonio.

A renglón seguido, dos monjitas, un soldado de Sanidad y un guardia marina.

Más modistas, más novios, más soldados, más señoras, más criadas, más monjas, más guardias civiles...

A las tres y media apareció el tranvía.

Vació su carga humana, siendo los puestos libres ocupados al punto por los invasores.

Pablo Hurtado pretendió, a fuerza de puños, coger un sitio; pero a su lado aguardaba una dama con idénticos deseos. Pablo Hurtado, el joven y galante Pablo Hurtado, cedió la primacía. La señora agradeció el favor a Pablo Hurtado y le mostró las pantorrillas (¡bien!) al pretender la plataforma.

De nuevo quiso Pablo Hurtado izarse al vehículo, y de nuevo su buena educación le obligó a dejar paso a una joven-cita. Y vió en su boca la nieve de una sonrisa, y en su media la nieve de un punto.

Por tercera vez decidió subir, y por tercera vez subieron en su lugar: ahora una jamona y su caballero de compañía.

Después se hizo atrás para que pasaran las dos monjitas.

Luego se vió obligado a dejar el puesto a una rubia jadeante y bien calzada.

Y, al fin..., al fin, partió el tranvía, dejando en tierra a Pablo Hurtado y al caballero silbante.

Eran las cuatro menos veinte.

A las cuatro menos diez y nueve llegaron dos señoras, una muy joven, otra muy vieja, ambas muy feas.

Pablo Hurtado las miró y siguió avizorando a lo largo de la vía.

El caballero silbante las miró, entonó un aire nuevo y volvió a interesarse por la arboleda lejana.

Poco a poco fueron llegando monjas, niños, militares, «padres del babero», modistas con sus novios...

A las cuatro y cinco apareció el tranvía.

Y a las cuatro y cuarto arrancó, mientras Pablo Hurtado, el joven y galante Pablo Hurtado, avizoraba a lo largo de la vía, en espera de otro nuevo coche, y el caballero silbante modulaba una nueva canción, paseando su mirada indiferente por la lejana arboleda.

Han pasado veinte años.

Pablo Hurtado, el ex joven y aun galante Pablo Hurtado, escruta a lo largo de la vía. De pronto siente un vértigo; se sienta en el suelo. Aumenta el vértigo, y Pablo Hurtado se tiende boca arriba, encomienda a Dios su alma y fallece del modo más honesto.



Dib. PINILLA. — Gijón.

— *Ayer se me ha perdido mi perro.*
— *¿Por qué no pones un anuncio en los periódicos?*
— *¡Es inútil!... No sabe leer.*

Y el caballero de al lado prosigue interesándose por la arboleda lejana, silbando quedamente, suavemente, como el que comprende las ventajas nulas de silbar más fuerte.

ALFREDO ÁVILA

MALAS ENTRAÑAS

En un Tribunal de Roma se vió la causa seguida contra un feroz carnicero de Monterotondo. Rita, la hija del tal, adoraba a un hombre de mala pinta, que la raptó; y ciego el padre pescó al novio cierto día, le hizo bajar a la cueva y allí le hundió la cuchilla. Mas no conforme con eso (los telegramas lo afirman), cortó el cadáver en trozos e hizo no sé qué salchichas o butifarras con ellos, metiendo, con *sangre fría*, en tripas, cual embuchado vulgar, al raptor de Rita, para venderlo a la gente que iba a la carnicería. ¿No es esto un ensañamiento mercantil? ¿No causa grima saber que entre los mortales hay quien al prójimo pica después de haberlo matado (que es lo contrario, a fe mía, de lo que hacen con los toros en el curso de la lidia)? ¡Así, el hombre sólo es una pajolera mercancía, cuya existencia concluye como empezó: en una tripa! Se cuenta que son feroces los moros de las cabilas; mas nunca supe que hicieran con los soldados morcillas... ¿Y querrán creer ustedes que miro la longaniza desde entonces, y el chorizo y el salchichón, con mi pizca de escama?... «¡Santa Gertrudis! — digo entre mí —. ¡Si en las finas rodajas de este embutido vendrá incrustada una libra de novio intrépido, muerto como el de allá?... ¡Dios me asista... y aparte de mi memoria tan estúpida noticia!» En fin, tanto ha impresionado la cosa a Paz, mi vecina, que no siente repugnancia; mas, por si acaso, si un día ponen salchicha en su mesa, ¡promete rezar, contrita, un padrenuestro en sufragio del alma de la salchichal...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DEL BUEN HUMOR AJENO

UN SOMBRERO COMO EL DE PAPÁ, por Oscar Méténier

Bulevar Rochechouart.

En verano, a las seis y media de la tarde. Una multitud de empleados y de obreros atraviesa y sigue el bulevar.

Cerca de la avenida Trudaine, un señor con aspecto de empleado de doscientos cincuenta francos al mes, está parado con su señora, al lado un terrible pequeño, el hijo, que exhala gritos horribles, pega patadas y quiere revolcarse por el suelo, expuesto a ensuciar su ropa blanca.

Un grupo de curiosos rodean el grupo.

EL PEQUEÑO (*llorando*). — ¡Ayl... ¡Ayl...

EL PADRE. — Lloro más, Enriquito, hijo.

LA MADRE. — No llores más, mi Yiyí.

EL PEQUEÑO. — ¡Ayl... ¡Ayl...

EL PADRE. — Te compraremos chocolate...

LA MADRE. — Y bombones...

EL PEQUEÑO. — ¡Ayl... ¡Ayl...

EL PADRE. — ¡Anda, ven, Enriquito!

LA MADRE. — ¡No seas malo, Yiyí! (*Se agrupa más gente.*)

UN TRANSEÚNTE (*a otro*). — ¿Qué es lo que pasa?

EL OTRO. — Ese tío...

EL TRANSEÚNTE. — ¿Qué ha hecho?

EL OTRO TRANSEÚNTE. — ¡Esos padres, que gozan con hacer llorar al niño!

UNA MUJER SENSIBLE. — ¡Oh, es espantoso!

LOS PADRES (*al pequeño, que continúa irreducible*). — ¡Anda, ven, Yiyí, ven!

EL PEQUEÑO. — ¡Ayl... ¡Ayl...

LA MUJER SENSIBLE. — ¡Es espantoso hacer sufrir así a un niño!

EL PEQUEÑO. — ¡Ayl... ¡Ayl...

EL PRIMER TRANSEÚNTE. — Pero ¿qué es lo que le pasa a este niño?

LA MADRE. — ¿Lo entiende usted? Porque yo...

EL PRIMER TRANSEÚNTE. — ¿Yo?... Yo sólo veo que está llorando; eso es todo.

(*Al pequeño.*) ¿Qué es lo que quieres, amiguito?

EL PEQUEÑO. — ¡Ayl... ¡Ayl... ¡Yo quiero un sombrero como el de papá!... ¡Yo quiero un sombrero como el de papá!...

LA MUJER SENSIBLE. — ¡Hacer llorar a un niño por eso!

LA MADRE. — ¡Anda, mi Yiyí!

EL PEQUEÑO. — ¡Ayl... ¡Ayl... ¡Yo quiero un sombrero como el de papá!...

UN OBRERO (*al padre*). — ¡Qué asco!... ¡No quiere darle su sombrero al niño!... ¡Estos burgueses son terribles!...

LA MADRE. — ¿No quieres venir, Yiyí? Pues, bueno; vas a venir, aunque no quieras. (*La pobre mujer coge al niño, que se debate y escandaliza, y se aleja. El pobre padre la sigue con la cabeza baja. Los niños, en estos casos, son encantadores.*)

EL OBRERO. — Todos iguales, como yo digo, esos burgueses. No tienen ni cariño a los suyos. Si yo no lo detengo, le hubiera dado un bastonazo al niño. Tiene cara de infame ese hombre.

EL PEQUEÑO (*gritando siempre*). — ¡Ayl... ¡Ayl... ¡Yo quiero un sombrero como el de papá!...

A. R. H.



EL "HUMOUR" YANQUI

(Traducción de E. U.)

I

— Si alguna vez te preguntasen, cuando estés invitado a comer — decía una madre a su hijo —, cuál es la parte del pollo que deseas, ¿qué contestarías?

— No lo sé, mamá.

— Debes contestar que deseas lo que no quiera nadie.

El muchacho recordaba siempre este precepto de urbanidad; y una noche que estuvo convidado a comer, al servirse el pollo, le preguntó el anfitrión qué parte del animal prefería, a lo que contestó el muchacho:

— Tomaré las plumas.

II

Daniel era un hombre de treinta y dos años, que tuvo gran dificultad para encontrar una colocación. Un día, sin embargo, el presidente de una Sociedad importante llamó a Daniel y le ofreció colocarle en dicha Sociedad con un sueldo de 5.000 pesetas, con derecho a ascender si se portaba bien.

Llevaba ya tres años en la casa, y un buen día entró muy indignado en el despacho del presidente.

— Hace tres años — dijo — que estoy en esta Sociedad, y estoy satisfecho de que mi sueldo haya ascendido a doce mil pesetas; pero me duele en mi amor propio que ni una sola vez de las que he sido consultado se haya seguido mi opinión.

— Efectivamente, señor Daniel: cuando nosotros tenemos alguna duda respecto a algún asunto de nuestro negocio, pedimos a usted su opinión, y preci-



— Llevaba una corbata azul oscuro con lunares blancos...

— ¡Oh, cómo me gustan los hombres así!

(De Life, de Nueva York.)

samente hacemos lo contrario de lo que usted dice. Durante tres años hemos ganado mucho dinero con este procedimiento.

III

Un hombre se hallaba en una de las calles más importantes de Nueva York, con un perro de caza. Se encontró con un amigo y entró en conversación con él. Después de tratar de diferentes asuntos, empezaron a hablar de los méritos del perro.

— Sí, señor — decía el dueño del animal —. Este perro huele a un pájaro desde una legua de distancia.

— ¿De veras? — contestó el amigo incrédulo.

— En esto, el perro olfateaba muy nervioso.

— Este perro — dijo el amigo al dueño — está como si tuviera un pájaro en su hocico y no veo ningún pájaro por aquí.

El dueño quedó perplejo; pero viendo a unos hombres de conversación allí cerca, se aproximó a ellos y preguntó:

— Perdón, señores, ¿tiene alguno de ustedes un pájaro en el bolsillo?...

— No, señor — contestaron malhumorados.

El dueño del perro, verdaderamente preocupado, volvióse a uno de ellos y le preguntó:

— Perdón, señor, ¿cómo se llama usted?

— Palomo — contestó el interpelado.

(Los tres primeros premios del concurso de cuentos rápidos de Judge, de Nueva York.)

UNA CARTA AL JUEZ

Señor juez: No se culpe a nadie de mi muerte. Me cucléo de este frondoso árbol de la Moncloa porque había llegado a una situación en extremo precaria. He liquidado mis haciendas, he vendido mi mobiliario. De las alhajas, ni hablar. Después mi ropa (el gabán, a capa, los tres ternos de americana, el jipi...) ha pasado al Monte. Le han seguido el bastón, el reloj y los chanclos de goma. Todo, en fin, lo que embellecía mi persona.

Todo lo he sufrido pacientemente, esperando la hora de mi regeneración y de mi prosperidad. Pero, señor juez, ayer me faltó dinero para comprar Sanolán, y esta carencia es la causa de mi suicidio.

¡La vida sin el dentífrico Sanolán no se comprende!...

PÉREZ.



— ¡Amor mío, tienes los ojos de tu madre y los oídos de tu padre!...

(De Judge, de Nueva York.)

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR
 APARTADO 12.142
 MADRID

Cándido «el Pesimista». — Esa anécdota es muy añiciana la pobre. De modo, que envíenos otra cosa, ya que usted vale.
 Bat-eta-bat. — Nos amenaza usted con una serie

GUÍA DE MOROSOS
 Don Lucio González Díaz, corresponsal de BUEN HUMOR en Alcázarquivir, nos escribe sin cesar pidiendo números y dándonos consejos litográficos. Esta conducta admirable sería objeto de una ovación cerradísima por nuestra parte si el citado caballero estuviese al corriente con nuestra Administración; pero da la casualidad de que nos adeuda diversos billetes de Banco, y sentado queda — y no se levanta — que hasta que no se sacuda el vil metal no le haremos caso. Ya lo sabe don Lucio.

de artículos, y eso es superior a nuestras fuerzas amigo. En esta casa todos somos muy débiles.
 Hemos rechazado los dibujos siguientes:
 Cinco de Baró; cuatro de Masía y Barrero; tres de Antonio, T. T., R. Salinas y Saura; dos de Miguel, Fuentes, Ponalari, Arturin y Balaguer; y

HERNIAS
 Braqueros científicamente.
 J Campos
 único MEDICO ORTOPEDICO de MADRID
 Augusto Figueroa 8

uno de Cárdenas, Armán, Tritón, Amorós, Sérvulo, J. Díez, G. Medina, Liló, Ongines, Koki Beby, Fedrey, J. Rodríguez, Torrent, Pika, Tilde, Carmona, un señor que ruega no pongamos el nombre, Mendoza, Mazuza, Dueña, Salas Viu, Rojas, A. M. C., Ralero y F. Mece.
 M. C. B. Sabadell. — Querido amigo y distin-

El perfume de su aliento a cien leguas se percibe. No me extraña, porque usa Licor del Polo de Orive.

guido ferroviario: BUEN HUMOR no sostiene ningún concurso de piropos; así es que los de usted huelgan más que un cesante. Además, y esto es lo

BUEN HUMOR
 admite anuncios económicos del presente tamaño a CINCO PESETAS INSERCIÓN

terrible, tienen de piropos lo que nosotros de arzobispos primados. Pruebe usted a vertérselos en la trompa de Eustaquio a cualquier jovencita agraciada, y ya verá cómo lo menos que le llama es pistolero.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE
 VIUDA DE CELESTINO SOLANO
 Primera marca mundial. LOGROÑO

A M A D O R
 — FOTÓGRAFO —
 PUERTA DEL SOL, 13

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

En el despacho de cédulas.
— Buenos días. Tenga la bondad de despacharme, que tengo prisa.
— ¡En seguida!
— Yo quería mi cédula personal.
— Está bien. ¿Cómo se llama usted?
— ¡Ah!... ¡Pero tengo que decir mi nombre?...
— ¡Naturalmente!
— Pues me llamo Bautista Combé.
— ¡Ya lo sé, imbécil! ¿Se figura usted que no sé ortografía?
Santiago Santacrú. — Madrid.

— ¡Caramba, don Jerónimo, pasa usted delante de mí sin querer saludarme!
— Dispense, don Damián; soy tan corto de vista, que no veo un burro a cuatro pasos.
Ramiro Molina. — Madrid.

Un individuo no puede pagar al casero los muchos meses de alquiler que le debe.
— Para que vea usted si soy generoso y considerado — dice el casero —, echo al olvido la mitad de la deuda.
— Pues yo no quiero ser menos que usted — replica el deudor —, y olvido la otra mitad.
Joaquín. — Lugo.

Un golfo entra en una panadería.
— ¿Tiene usted pan duro?
— Sí; ahí quedan unas cuantas libretas.
— ¡Pues podía haberlas vendido cuando estaban tiernas!
Yo. — Madrid.

En una tienda de caza.
— No hablemos más. Le dejó este par de faisanes en tres duros.
EL COMPRADOR (saludando). — Y yo también.
Rito. — Madrid.

En la escuela.
— Dígame, maestro, ¿con qué se pone huevo con h, o sin h?
— Según quien los ponga; las gallinas los ponen sin h.
A. P. — Zaragoza.

— ¿Qué se le daría al que tuviese un dolor muy fuerte en el estómago?
Que se coma un par de zapatos, porque tienen contrafuerte.
José María Andaluz. — Alcalá la Real.

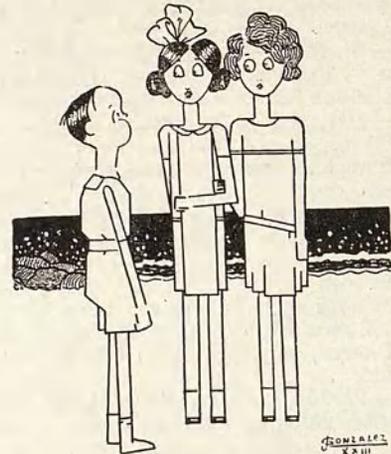
José María Andaluz. — Alcalá la Real.

Entre toreros.
— Vamos a ver el Manzanares.
— Mira, no me hables más de ver-aguas.
Anónimo.

— ¿En qué se parecen dos hombres que vengan una injuria a dos que se están peleando?
— Pues en que los primeros sacian su sed de venganza, y los segundos s'hacian daño.
Un Murciano. — Madrid.

Un padre reprende a su hijo diciéndole:
— Ya te he dicho que no me gusta que te retires tan tarde. Cuando yo tenía tu edad, mi padre me obligaba a estar en casa a las nueve.
EL HIJO. — ¡Qué raro debía de ser tu papá!...
EL PADRE. — ¡Mejor que el tuyo, descarado!
Fonso. — Madrid.

EL MÉDICO. — ¿Ha tomado usted la medicina que le receté?
EL ENFERMO. — No, señor.
EL MÉDICO. — Pero... ¿por qué no la ha tomado?
EL ENFERMO. — Porque me dijo que tomara una



Dib. GONZÁLEZ. — Sevilla.

— He visto a Nelly con un traje de muchas tablas y...
— Si, no sigas; con un salvavidas.

cucharada detrás de cada comida, y para poder hacer eso, lo primero que hace falta es tener que comer.
Masto. — Madrid.

El bueno de X tiene una discusión con un coche-ro, el cual aprovecha la ocasión para insultarle.
— Amigo mío — replica X con dulzura —, tenga usted cuidado con lo que dice, porque sabe Dios lo que nos tendrá reservado el porvenir. ¡Quizás algún día vaya usted en el coche y yo en el pescante!
H. P. — León.

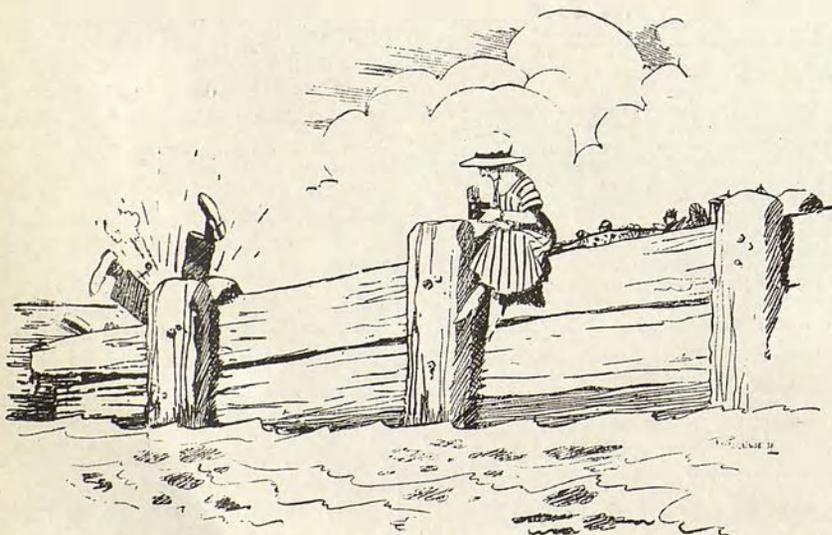
En tiempos de censura.
— ¿Para qué dejan un espacio en blanco en ese periódico?
— Para los que no saben leer.
M. Conde. — Madrid.

— ¿En qué se parece un cura a un dependiente?
— ¡...!
— Pues en que los dos atienden a la parroquia.
J. Rodríguez. — Madrid.

— ¿Cuál es el edificio más grande que existe?
— El Banco Español de Crédito, en Madrid, porque empieza en Alcalá y termina en Sevilla.
Francisco J. Pérez. — Madrid.

El premio del número anterior ha correspondido a **I. D. H., de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



— No, George, no tan de prisa. Temo que vaya usted a salir movido.

(De The Humorist, de Londres.)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

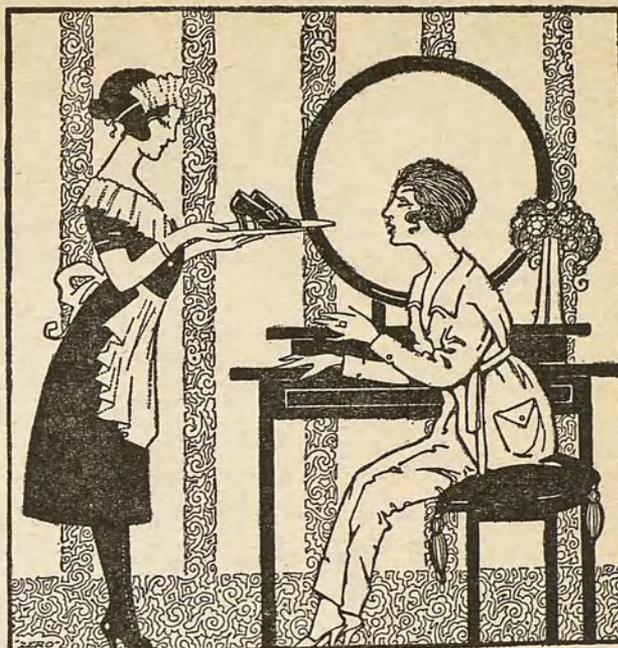
Trimestre.....	12,40 pesetas.
Semestre.....	16,50 —
Año.....	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:
PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, garantizamos estar exenta de grasas y demás

sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

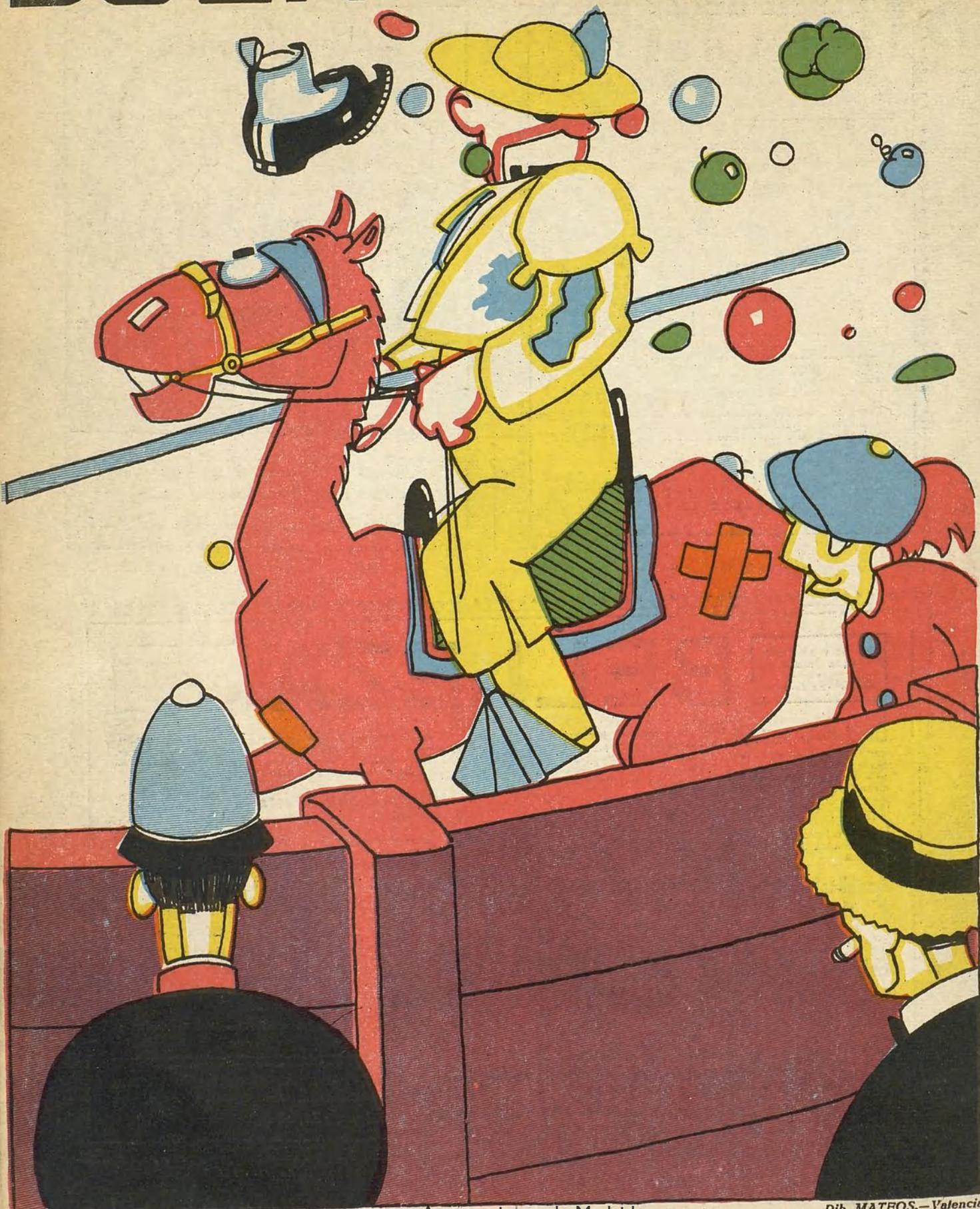
ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *caballos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América. — Canarias: droguerías de A. Espinoso. — Habana: droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — Buenos Aires: A. García, calle Florida, 139.

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)

BUEN HUMOR



Ayuntamiento de Madrid

Dib. MATEOS.—Valencia.

—¡Niño! ¿Estamos en el tercio de varas o en el Tercio de Extranjeros?